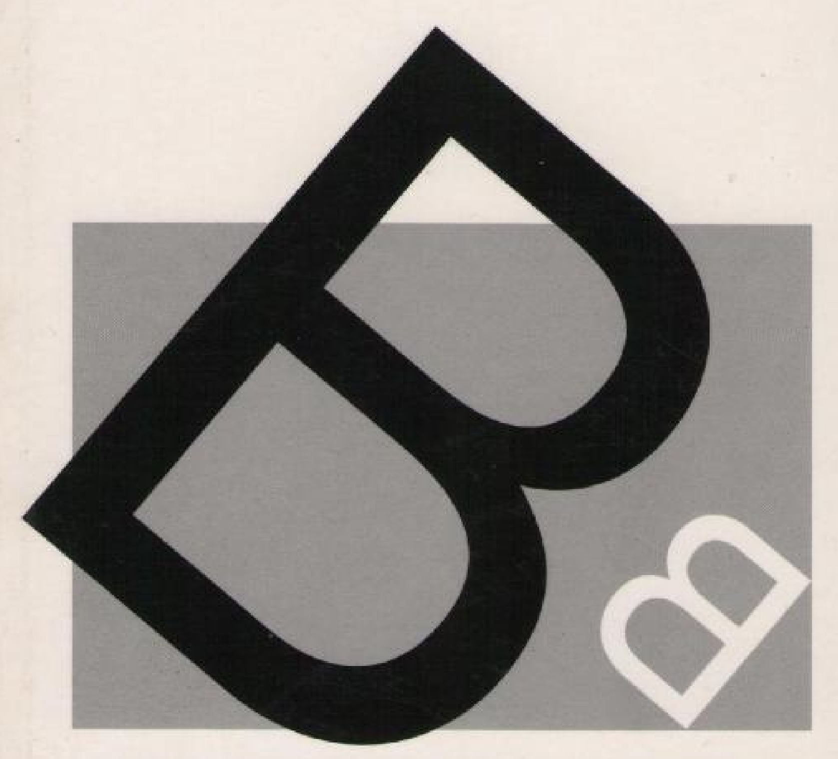
Fundamentos de Biopolítica

Jacques de Mahieu



OLVIDO Y EXAGERACIÓN DEL FACTOR RACIAL

JAIME MARIA de MAHIEU

FUNDAMENTOS DE BIOPOLITICA

OBRAS DE JAIME MARIA de MAHIEU

Evolución y porvenir del sindicalismo, Arayú, 1954.

La naturaleza del hombre, Arayú, 1955.

El Estado comunitario, Arayú, 1962.

La economía comunitaria. Universidad Argentina de Ciencias Sociales, 1964.

Diccionario de ciencia política, Book's International, 1966.

Proletariado y cultura, Marú, 1967.

Tratado de sociología general, EUDEBA, en prensa.

Maurras y Sorel, Centro Editor Argentino, en prensa.

INTRODUCCION

1. OLVIDO Y EXAGERACION DEL FACTOR ETNICO

Muy pocas veces, en estudios políticos no especializados, la raza ha sido colocada en su justo lugar en cuanto factor de la existencia, estructura y evolución de las Comunidades humanas. Ora se la olvida lisa y llanamente, lo que no tiene mayor importancia cuando se trata de estudios estáticos de entes sociales definidos, pero falsea completamente la visión de conjuntos más amplios considerados en su evolución; ora, más excepcionalmente, la raza se vuelve ia única clave de la historia, el único factor de la evolución del hombre y de las Comunidades, como también del nacimiento y la muerte de las civilizaciones. O bien la raza no existe o constituye, por lo menos, un elemento sin importancia, simple reflejo del medio, o bien, por el contrario, abruma el mundo con un determinismo absoluto y sin remedio. Por un lado, Marx y Maurras, aunque mencionan a veces, al pasar, factores etnopolíticos, temen manifiestamente entrar en lo vivo de problemas cuyos datos no poseen o que pueden complicar el desenvolvimiento de sus teorías. Por otro lado, Gobineau sistematiza

con exceso observaciones y reflexiones notables, haciendo de un grupo étnico el *deus ex machina* de la historia; no sin excusas, por cierto, ya que fue el primero en tratar seriamente la cuestión y no podía poseer, hace un siglo, los elementos indispensables que nos dio la biología solamente en los últimos decenios. Citemos, por fin, las campañas contra el "racismo" de científicos hechos propagandistas y propagandistas disfrazados de científicos, las que turbaron innumerables mentes. Surge de todo eso que el problema necesita ser tratado de nuevo desde sus fundamentos y llevado hasta sus últimas consecuencias, a la luz de las solas realidades científicas.

2. LA BIOPOLITICA

Comprobaremos, en el curso de nuestra búsqueda, que el problema étnico, cuando fue planteado, lo fue de un modo demasiado estrecho o, más exactamente, que existe, al margen del problema de las razas propiamente dichas, un problema del mismo orden que ya nos deja entrever el lenguaje corriente. Decimos de un ser humano como de un caballo que "tiene casta", "qu'il a de la race". Esto no significa que pertenece a un conjunto étnico determinado, sino, por lo contrario, que se distingue por algunas características dentro de su conjunto étnico. Cuando hayamos establecido que dichas características son hereditarias, tendremos que admitir de grado o por fuerza que existen, en el seno de los conjuntos raciales, categorías de la misma naturaleza biopsíquica que

las comunidades étnicas, en el sentido propio de la palabra. Y cuando hayamos visto que dichas categorías tienen una importancia social, bien tendremos que completar la etnopolítica con la genopolítica y considerar el conjunto de los procesos hereditarios en la medida en que intervienen en la vida de las comunidades humanas. Tal es el objeto de lo biopolítica. Quizás el término les parezca a algunos demasiado estrecho, ya que los caracteres considerados no sólo son biológicos sino también psíquicos. Nos quedaremos con él, sin embargo; primero, porque no nos parece posible, eufónicamente, admitir "biopsicopolítica" y sobre todo porque la biología, o ciencia de la vida, ya se ha apartado definitivamente de su materialismo primitivo, consecuencia del dualismo cartesiano que está alejándose cada vez más de nosotros, mientras que la filosofía vuelve, felizmente, a la concepción aristotélica de la unidad substancial del ser viviente. La biopolítica tiene un papel importante que desempeñar: en todo el mundo, los conflictos de razas se multiplican y grandes choques étnicos, en escala desconocida hasta ahora, se anuncian en el horizonte; la degeneración, por causas internas, de nuestras Comunidades tradicionales, exige explicación y remedios que la ciencia política no ha sabido, hasta ahora, dar ni recetar. Veremos, a lo largo de las páginas siguientes, en qué medida la biopolítica, además del interés especulativo que ofrece, nos permite aclarar ciertos problemas contemporáneos y definir su indispensable solución.

I

LA RAZA

3. EL HOMBRE: HERENCIA MAS HISTORIA

En el momento de la concepción, la célula-huevo contiene en potencia todo el desarrollo ulterior del ser humano, tal como se producirá, pero también tal como se produciría en otras circunstancias. En ese instante de su creación, el hombre posee un conjunto de posibilidades entre las cuales tendrá que elegir sin cesar; y dicha elección permanente eliminará de su futuro posible no sólo la realidad que se incorporará a su memoria —psíquica y fisiológica— sino también lo rehusado y todas sus consecuencias virtuales. La vida del ser humano es, por lo tanto, enriquecimiento continuo por la actualización de posibilidades que se vuelven efectivas, pero también empobrecimiento continuo por el rechazo de posibilidades que se vuelven irrealizables. En el origen del hombre hay, por consiguiente, un capital potencial recibido; y sabemos que lo hereda de sus padres. Pero, en cada momento de su existencia, él mismo influye en dicho capital por la elección que efectúa: elección ésta que depende de sus necesidades, vale decir del medio en

que vive y que pesa sobre él, pero también de su pasado que, en forma de memoria, ha transformado su ser. El hombre elige en una adaptación constante a sí mismo y al mundo exterior. Su ser depende, pues, de dos factores: la herencia que le trae el conjunto de sus posibilidades, y las circunstancias según las cuales se efectúa su elección y que rigen, por consiguiente, su historia. No es posible estudiar el hombre prescindiendo de uno de estos dos elementos. Tampoco es posible actuar eficazmente sobre él ignorándolos. Desde el doble punto de vista del estudio y de la acción, la política debe tener en cuenta la herencia del hombre, vale decir, en el sentido más general de la palabra, su raza, como también su medio.

4. EL HECHO DE LA RAZA

El concepto de raza es, hoy en día, tan amplio que resulta verdaderamente demasiado impreciso, hasta el punto de perder casi toda utilidad. Se aplica indiferentemente el término al conjunto de nuestra o nuestras especies ("la raza humana"); a los grandes grupos "de color" ("la raza blanca") y a tal o cual de sus fracciones ("la raza aria"); a sociedades históricas ("la raza italiana") y hasta a conjuntos lingüísticos o culturales ("la raza latina"). Sin duda, vagamente, se tiene la idea, en todos los casos, de que la raza está ligada al factor hereditario del hombre y de que un conjunto racial presenta cierta comunidad de caracteres, trasmitidos con la vida, que lo diferencian de los demás. Pero se han visto, sin

embargo, sociólogos y especialistas en ciencia política, atribuir al solo medio la desigualdad de los conjuntos humanos y, por lo tanto, sostener que todos poseen idénticas posibilidades. Otros, al mismo tiempo que afirmaban de modo arbitrario la homogeneidad racial de las comunidades primitivas, se han basado en la diversidad de tipos de un conjunto determinado para negar la existencia actual de las razas. Por otro lado, los antropólogos parecen propensos a establecer sus clasificaciones sobre la base de tal o cual factor arbitrariamente elegido. A veces, el color de la piel constituye el único elemento de discriminación de los conjuntos raciales; otras veces, la forma del cráneo o las propiedades de coagulación de la sangre. En el caso más favorable, se consideran varios caracteres somáticos, excluyéndose terminantemente todo factor psíquico y aun biológico. La casualidad de un descubrimiento o seudo descubrimiento, o más simplemente la moda, transforma periódicamente, sin razón valedera, una rama esencial de la ciencia del hombre. Las ideologías se han mezclado en el asunto. Por todo eso, nos parece indispensable reenfocar el problema partiendo de los datos que la experiencia nos suministra. No necesitamos de teorías para poder afirmar el hecho de la raza. Todo el mundo distingue a un congoleño de un chino; todo el mundo capta la diferencia que existe entre un grupo de cien suecos y otro de cien españoles. Todo el mundo sabe igualmente que el negro que nace en Nueva York es tan negro como el ve la luz en el Congo y que, por consiguiente, algunos de los caracteres que permiten al menos competente reconocer una di-

ferencia étnica son hereditarios. La dificultad empieza solamente con la definición del concepto de raza. Tratemos de descartar los factores que la deforman. Podemos lograrlo muy fácilmente considerando ya no al hombre sino a animales de otros géneros. Si llegamos así a establecer una definición zoológica de la raza, será sencillo ver en qué medida se aplica al fenómeno racial humano.

5. EL CONCEPTO ZOOLOGICO DE RAZA

Consideremos cierto número de perros de tipo ovejero alemán. ¿Por qué decimos que pertenecen a una raza determinada? Superficialmente, porque se parecen los unos a los otros. Poseen una misma conformación física y manifiestan las mismas cualidades psíquicas: altura mediana, pelo largo de color pardo, hocico alargado, cola en penacho, valor en el ataque, inteligencia superior a la de la mayoría de las otras razas caninas, etc. Sin embargo, todos los ovejeros alemanes no son idénticos. Su altura varía en algunos centímetros; su pelo es más o menos largo y tupido y su color abarca toda la gama de los pardos, de lo casi amarillo a lo casi negro; su valor y su inteligencia son sujetos a gradación. Tal individuo posee a veces un pelaje más oscuro que el de un doberman, cuyo color característico es el negro, o es menos inteligente que un gran danés, que pertenece a una raza poco favorecida a este respecto. Si se tratara, como a menudo se lo hace en lo que atañe al hombre, de definir la raza de los ovejeros alemanes sólo por uno de sus caracteres, se obtendrían resultados cuyo absur-

do saltaría a la vista. Pero nadie piensa en hacerlo porque, cuando se trata de perros, cada uno sabe muy bien que la raza zoológica es un conjunto de individuos que poseen en común, en cierta medida cuantitativa y cualitativa, cierto número de caracteres físicos, fisiológicos y psíquicos que se trasmiten por herencia. El individuo representativo de una raza es simplemente el que une en sí todos estos caracteres llevados a su grado máximo. Ahora bien: lo mismo ocurre cuando se dice que el hombre nórdico es grande, rubio, dolicocéfalo, resistente, valeroso, etc.; no se define sino un "animal de concurso" y muchos nórdicos son de altura mediana, morenos, braquicéfalos, débiles o cobardes. Esto no significa en absoluto que la raza nórdica sea una ficción. A lo más, se puede sostener que no se trata de una raza pura. Pero, ¿tiene sentido esta expresión?

6. EL ERROR DE LA "RAZA PURA"

Hemos considerado hasta ahora el conjunto racial como conglomerado estático de individuos. Corresponde, para poder contestar la pregunta anterior, examinarlo en su aspecto evolutivo. ¿Cuándo decimos que un ovejero alemán es de raza pura? No cuando alcanza la perfección teórica del tipo, sino cuando es nacido de padres no mestizados. Remontándonos así generación tras generación, llegaremos al origen de la raza, vale decir al momento en que, por mutación o de cualquier otro modo, una camada de ovejeros alemanes nació de padres que no eran tales. Podríamos remontarnos así, de raza en especie y de especie

en género, hasta la pequeña masa de proteínas que, un día, se puso a vivir. Todo eso carecería de sentido. Si consideramos el origen común, la raza abarca la animalidad entera. Si fijamos arbitrariamente su principio en el instante de su última diferenciación, está fundada en una heterogeneidad originaria aunque se suponga que ninguna mestización haya intervenido desde entonces, lo que difícilmente se podrá afirmar aun en lo que atañe a las razas animales mejor y más antiguamente fiscalizadas. Esto no significa, ni mucho menos, que los datos genealógicos carezcan de interés, puesto que los caracteres comunes y la frecuencia de su aparición dimanan de ellos según un proceso que examinaremos más adelante, sino que es erróneo hacer de la pureza un criterio de existéncia y, con más razón, de valía de la raza. En lo que concierne a los conjuntos humanos, se necesitaría, si se admitiera su filiación a partir de una pareja primitiva, considerarlos como perteneciendo a una raza única, lo que es contrario a los hechos. Y si se considerara una multiplicidad de mutaciones originarias, tendríamos todavía que olvidarnos del factor mestización. Las definiciones teóricas que no corresponden a la realidad no sirven en biopolítica. Lo que se llama "grado de pureza" de una raza es simplemente su homogeneidad relativa, vale decir el hecho de que cada uno de sus componentes posea en mayor o menor número y grado los caracteres distintivos del conjunto en cuestión.

7. LA HERENCIA

Sabemos, *grosso modo,* como se trasmiten dichos caracteres. Cada uno de los dos progenitores suministra al nuevo ser la mitad de los genes que necesita y que son en potencia su futuro posible. Dos individuos que poseen, salvo en lo que atañe al sexo, el mismo capital hereditario y por consiguiente son idénticos —dos personas o dos ratones de raza blanca— darán descendientes de raza blanca. La cuestión se complica cuando se considera la cruza de dos individuos de dotaciones hereditarias diferentes. Cualquiera sabe, según las dos primeras leyes de Mendel, que su prole es híbrida, vale decir que une en sí los genes opuestos de los padres, sea que se combinen para dar un carácter nuevo, sea que unos predominen a expensas de los otros que se llaman entonces recesivos. En la segunda generación, después de la cruza de dos de tales híbridos, una cuarta parte de la descendencia aparece idéntica a uno de los abuelos, una cuarta parte posee los genes del otro, y la mitad es híbrida como sus progenitores. Estas dos primeras leyes de Mendel parecen, por consiguiente, indicar que la hibridación es un fenómeno provisional y que se produce una vuelta, numéricamente cada vez más acentuada en el curso de las generaciones, a los tipos primitivos. Pero debemos tener cuidado con la generalización abusiva y la vulgarización fácil de la genética mendeliana. En efecto, si bien es exacto que la cruza de un ratón blanco de raza "pura" con un ratón gris igualmente de raza "pura", da, en la primera generación, una camada de híbridos que sólo deben su color gris al carác-

ter dominante de lo gris sobre lo blanco y, en la segunda generación, una cuarta parte de blancos "puros", otra cuarta parte de grises "puros" y la mitad de híbridos, no ocurre lo mismo cuando se trata de seres humanos. La cruza de dos mulatos, productos de la unión de un blanco con una negra, no dará sino mulatos de tonalidades diversas pero sin que surjan de nuevo el tipo blanco ni el tipo negro. Poco importan las explicaciones. Sólo el hecho nos interesa: el tipo híbrido se reproduce indefinidamente. Por otra parte, la tercera ley de Mendel bastaría para establecer tal permanencia. En efecto, la primera no se aplica sino a un carácter, vale decir un gene, aislado del conjunto al cual pertenece. Si se considera ya no uno sino dos caracteres, éstos se trasmitirán independientemente el uno del otro. La cruza de un ratón blanco de cola larga con uno gris de cola corta dará, en la segunda generación, individuos semejantes a los abuelos, pero en la proporción de una octava parte, e individuos blancos de cola corta y grises de cola larga (1). Tratándose ya no de dos genes sino de millares, las leyes del cálculo de probabilidades hacen imposible la aparición de un individuo idéntico a uno de sus antepasados primitivos y todos los descendientes de la pareja considerada, en cualquier generación que se los examine, serán híbridos en el sentido de que poseerán algunos de los caracteres de cada uno de los tipos originarios mientras que, desde otros puntos de vista, participarán del uno y del otro. Por

(1) Simplificamos voluntariamente. En realidad, son nueve los tipos que aparecen.

lo tanto, no solamente las dos primeras leyes de Mendel no se aplican al hombre más que de un modo muy relativo sino que la tercera nos demuestra que la multiplicidad de los caracteres en juego bastaría para prohibir prácticamente toda vuelta automática a los tipos primitivos de un linaje mestizo.

8. LA COMBINACION DE LOS GENES

Hasta ahora, sólo hemos encarado el caso de la descendencia de una pareja única. Pero es excepcional, en nuestras sociedades, que el matrimonio se practique entre hermanos y hermanas. En la realidad de los hechos, el problema es mucho más complejo que el que plantea la unión de dos dotaciones hereditarias, y la "mezcla" de genes es infinitamente más amplia. Sin embargo, en el seno de una comunidad reducida y cerrada, todo el mundo llega, después de cierto número de generaciones, a ser pariente de todo el mundo y cada miembro del grupo posee los mismos antepasados que cualquiera de los demás. Cuanto más reducida numéricamente en su origen y cerrada en el curso de su desarrollo es una comunidad, y cuanto más antigua es, más sus miembros poseen genes, y por consiguiente caracteres, comunes y más se parecen entre sí. Vale decir que un grupo originariamente heterogéneo se unifica por endogamia. Sin duda sus miembros no serán todos idénticos, pero sí se mostrarán, hasta cierto límite, cada vez menos desemejantes: su aspecto, su mentalidad y sus reacciones manifestarán un grado creciente de homogeneidad. La "pureza" de una raza es por lo tanto creación de

la endogamia y del tiempo. Tanto más cuanto que los genes no se combinan sólo por asociación sino también por interacción. En efecto, del choque de genes contradictorios no nace necesariamente un promedio sino a veces un carácter nuevo. Para pedir prestado nuestro lenguaje a la química —lo que no debe hacerse sino con mucha prudencia— diremos que los genes se unen a veces en *mezcla* y otras veces en *aleación*. En este último caso, el encuentro produce la actualización de caracteres hasta entonces latentes. Sin duda, se trata de un fenómeno excepcional, pero conviene tenerlo en cuenta en todo estudio del proceso de hibridación.

9. EL DOBLE EFECTO DE LA MESTIZACION

No nos ocuparemos aquí de los resultados de la unión de dos razas en un individuo mestizo. Pero tenemos que notar sus consecuencias en una comunidad étnica. Dejando a un lado todo juicio de valor, nuestros análisis anteriores demuestran que la mestización trae a un conjunto humano un acrecentamiento de su masa hereditaria. Los individuos que lo componen son más diversos, y tanto más cuanto que los tipos originarios eran más alejados el uno del otro. Pero lo que así gana el conjunto en variedad, luego en posibilidades por lo menos teóricas, está contrabalanceado por lo que pierde en estabilidad y unidad, por lo menos hasta que haya reconquistado su homogeneidad. El conjunto étnico homogéneo está concentrado en la realización de lo que es. Posee una meta bien definida y una voluntad de poderío afirmada.

Tiene conciencia de sí mismo. Es "de una sola pieza". El conjunto mestizo todavía no homogeneizado está tironeado, por el contrario, entre aspiraciones diversas y a menudo contradictorias. Se dispersa y se relaja. Necesita tiempo para volverse otra vez dueño de sí mismo; exactamente el tiempo necesario para la reconstitución de su unidad étnica. Por supuesto, la nueva raza que nace de la hibridación, cualquiera que sea su valor, es distinta de sus dos componentes. Sin embargo, existen razas cuyos caracteres distintivos principales son generalmente dominantes y que poseen así la capacidad de conservar en estado latente algunos de los genes extraños que se incorporan por mestización a su capital hereditario. Pero tal propiedad es excepcional y no invalida el hecho general de que los conjuntos étnicos mestizados pierden por un tiempo, con su unidad hereditaria, su armonía y su tensión.

10. LA MUTACION

Hemos razonado hasta ahora como si los genes, y por consiguiente los caracteres hereditarios que representan, se trasmitieran sin modificación alguna de generación en generación. Si fuera así, los conjuntos étnicos no serían jamás sino el producto de combinaciones particulares de elementos conocidos y el simple fenómeno del brote por mestización de nuevos caracteres quedaría incomprensible. Pero si era posible a pesar de todo, en el siglo pasado, concebir la evolución de las razas humanas a partir de grupos primitivos que se entremezclaban cada vez más a medida

que se desarrollaba la historia, debemos hoy día tener en cuenta el hecho de la mutación, indiscutiblemente establecido por la genética contemporánea. En ciertas circunstancias naturales o experimentales, nace de un linaje conocido una descendencia diferente, en uno o varios puntos primordiales, de sus progenitores, y los nuevos caracteres que surgen así se trasmiten por herencia. La masa hereditaria es, por consiguiente, capaz de modificarse en su acto, si no en su ser. No se concebiría, en efecto, una creación *ex nihilo* de los caracteres recién aparecidos. Luego, tenemos que admitir que éstos existían en potencia en los genes de los progenitores y que sólo constituye novedad su actualización en determinado momento de la evolución del linaje considerado. Por lo tanto, la mutación consiste en un paso de la potencia al acto, vale decir del estado virtual al estado de hecho, de caracteres que llamamos nuevos porque aparecen súbitamente en un linaje, sin que nada haya podido dejar suponer su existencia latente en los progenitores del mutante. La importancia etnológica del fenómeno es considerable, puesto que nos permite entender mejor el proceso de mestización y reconstrucción de la homogeneidad del grupo mezclado: bajo el choque producido por la unión de seres de razas distintas, surgen por mutación caracteres que no pertenecían a ninguno de los grupos constitutivos y que traen así a la nueva comunidad étnica particularidades que refuerzan su homogeneidad. Pero la mutación puede ser también factor de diferenciación cuando hace nacer, en el seno de una raza o un linaje. individuos desemejantes a sus padres. El sistema de selección

que permite a los criadores mejorar las razas que les interesan, y hasta crear otras sin tener que recurrir al lento proceso de la cruza, se funda en parte en este fenómeno. La biopolítica, como la zootecnia, encuentra en la mutación una de las bases esenciales de su acción.

11. LA HERENCIA DE LOS CARACTERES ADQUIRIDOS

También se debe tener en cuenta otro factor no menos importante, aunque negado hasta los últimos años por la mayor parte de los biólogos y psicólogos: la herencia de los caracteres adquiridos. Sabemos que el individuo puede contraer hábitos. Sus órganos y su mente son capaces de aumentar sus posibilidades de acción por el juego de la memoria. El *métier* de un artista o un obrero no es sino un conjunto de hábitos "almacenados" que constituyen una añadidura a su dotación hereditario. Pero dicho individuo ¿trasmite a su descendencia todo o parte de tal acrecentamiento de su ser? Muchos biólogos del siglo XIX, formados en un cientificismo estrecho, lo negaron por la única razón de que no habían podido producir el fenómeno en experimentos de laboratorio. Ni los ratones ni las moscas drosófilas parecían trasmitir a sus respectivas descendencias sus caracteres adquiridos. ¿Qué probaba eso, sino que la experimentación biológica era impotente, en algunos campos, para reproducir las realidades de la vida? Hoy en día, la herencia de los caracteres adquiridos ha sido demostrada plenamente merced a los resultados logrados en los Estados Unidos con la colchicina y en Rusia por

el método natural de Michurin. Por otro lado, no faltan, fuera de los laboratorios, casos bien conocidos de hábitos trasmitidos por herencia. Tomemos el ejemplo decisivo de los perros de muestra. Cualquier criador, y aun cualquier cazador, sabe perfectamente que un cachorro de raza pointer marcará la muestra desde su primera salida si se trata de un animal de linaje y que, de todas maneras, un adiestramiento rápido bastará para obtener de él lo que se espera. Sin embargo, no hay nada más antinatural que la muestra en un perro cuyos antepasados vivían de la caza. Se trata por consiguiente, sin duda alguna, de una predisposición heredada de una larga serie de ascendientes que recibieron un adiestramiento adecuado. Nadie ignora que la calidad y el valor comercial de un perro de muestra dependen, precisamente, de su *pedigree*, vale decir del nivel alcanzado por el linaje en el momento de su nacimiento. En el orden humano, es bien conocido, aunque puesto en duda por los negadores de la herencia de los caracteres adquiridos, que varias generaciones son necesarias para formar un buen obrero en ciertos oficios difíciles, la cristalería por ejemplo. Tenemos más confianza, a este respecto, en el testimonio y, sobre todo, en la práctica de los industriales que afirman la realidad del fenómeno que en las aserciones de los teóricos cientificistas. Además ¿no se contradecían a sí mismos esos transformistas del siglo pasado que, mientras negaban la herencia de los hábitos, fundaban su teoría de la evolución de las especies en una modificación paulatina de las generaciones bajo el efecto

del medio, modificación ésta que no podía efectuarse sino merced a la trasmisión hereditaria de los progresos realizados?

12. LA MEMORIA HEREDITARIA

De todas maneras, los hechos, hoy día establecidos aun en el laboratorio, ya no pueden ponerse en duda. No sólo los genes son capaces, por mutación, de actualizar caracteres hasta entonces meramente potenciales, sino que también son susceptibles de transformación. Las células reproductoras registran en alguna medida las modificaciones mnemónicas y las trasmiten. Es evidente que si los miembros sucesivos de un linaje viven todos la misma experiencia, la repetición influirá en el grupo considerado cada vez más enérgicamente y el hábito, en el sentido más amplio de la palabra, de cada individuo se convertirá en instinto hereditario. Es verosímilmente así que las abejas adquirieron la técnica que les permite fabricar la miel. Es seguramente así que el adiestramiento de numerosas generaciones de perros transformó una especie salvaje en razas domésticas. Acabamos, voluntariamente, de escoger dos ejemplos muy desemejantes. En efecto, en el caso de la abeja, se trata de una automodificación por adaptación a necesidades de existencia. En el caso del perro, por el contrario, se trata de una modificación impuesta por el hombre. La raza se modifica, pues, por adquisición de caracteres bajo la acción del medio que le impone ciertas condiciones de vida, pero el hombre puede incorporarse a dicho medio y actuar así sobre los conjuntos

étnicos que desea transformar. Esto es verdad en lo que atañe tanto al hombre como a los otros animales. Pero queda bien entendido que los nuevos caracteres no se adquieren sino en la medida en que la raza considerada se muestra capaz de adaptación y educación. Bien se podrá criar en medio de las flores a generaciones sucesivas de moscas: no se pondrán a fabricar miel. Y se tratará en vano de domesticar el tigre. Lo mismo ocurre con el hombre. La biopolítica posee con la herencia de los caracteres adquiridos un medio de acción eficaz, pero solamente en la medida en que las modificaciones que desea obtener en un conjunto étnico están incluidas a título de posibilidades en la masa hereditaria de este último. Los genes, por lo tanto, no crecen en posibilidades sino en experiencia, vale decir en dinamismos de actualización que se manifiestan automáticamente en las generaciones herederas en lugar de realizarse al precio de largos esfuerzos individuales. Por la herencia de los caracteres adquiridos, una raza se vuelve adulta, exactamente como un niño cuyo ser absorbe conocimientos mnemónicos a lo largo de su experiencia. Por consiguiente, es posible "criar" una raza como se cría a un ser humano.

13. LA ACCION DEL MEDIO

Nuestros análisis anteriores nos permiten entender mejor el papel del medio como factor de evolución de las razas. Y empleamos la palabra "medio" para expresar no sólo las condiciones geofísicas y geopolíticas de la vida de los conjuntos étnicos sino tam-

bién las que podríamos llamar educativas, en el sentido de que dependen de una voluntad de acción interior o exterior a la comunidad. El medio actúa sobre la raza como agente de actualización y selección de sus posibilidades inmanentes. El conjunto se encuentra con respecto a él en una situación semejante a la del ajedrecista frente al tablero. Este posee una capacidad —vale decir posibilidades virtuales de jugar de tal o cual modo— que es dada al comienzo del partido y proviene de sus dotes biopsíquicas y de su experiencia. Pero su juego efectivo depende no sólo de dicha capacidad sino también de la posición de las piezas del adversario y de las suyas propias en un momento determinado. Esta constituye la condición del medio que influye en su decisión de mover tal pieza en tal dirección cuando muchas otras combinaciones son teóricamente posibles. Dos jugadores de iguales posibilidades puestos en presencia de condiciones distintas evidentemente no reaccionarán del mismo modo, y tampoco dos jugadores de capacidades o solamente de técnicas diferentes colocados frente a un mismo problema. Reemplacemos tablero por condiciones geográficas y sociales y jugador por conjunto étnico y habremos definido la acción del medio sobre la raza. Nadie ignora, por ejemplo, que el mar suscita, en el hombre blanco, la audacia; la montaña, la resistencia y el clima tropical, la apatía. Pero el negro de la costa africana nunca se ha vuelto navegante, no resiste la altura y el clima cálido es indispensable a su energía relativa. Cada raza, por lo tanto, es capaz de adaptarse a cierto abanico de condiciones planteadas por

el medio y, adaptándose, se modifica en función de dicho medio, pero siempre según las posibilidades de su masa hereditaria.

14. EL DOBLE EFECTO DEL MEDIO

Cuando se considera un conjunto étnico en un medio determinado, se comprueba un doble proceso de diferenciación y unificación de la comunidad que constituye. Diferenciación con respecto a los demás grupos de la misma raza necesariamente sometidos a condiciones de desarrollo diferentes: en algunas comarcas aisladas, racialmente homogéneas, se nota aun en nuestros días, a pesar de la mezcla producida por la extensión de los medios de transporte, desemejanzas, que bien tenemos que llamar étnicas, de aldea en aldea: el suelo y, por consiguiente, parte de los alimentos consumidos no son absolutamente idénticos, ni estas "fuerzas telúricas" cuyos efectos se comprueban sin que se sepa todavía a qué corresponden exactamente. Si se consideran, en el otro extremo, dos conjuntos del mismo origen pero colocados el uno en las tierras heladas del gran norte y el otro en el Ecuador, el medio actuará, en sentidos contrarios, con tal potencia que se tendrá a veces, con el tiempo, la impresión de encontrarse frente a comunidades sin mayor parentesco étnico. Notemos que, en la práctica, y aun en lo que atañe a los tiempos históricos, a menudo resulta imposible saber a ciencia cierta cuál es la parte de la mestización y cuál la del medio en la diferenciación de las razas. Por el contrario,

es más fácil aprehender el fenómeno de unificación de un conjunto heterogéneo bajo la acción del medio. Todas las naciones europeas de hoy son el producto de recientes mezclas y su homogeneidad por endogamia aún está lejos de ser perfecta. Sin embargo, la identidad de condiciones de vida ha hecho surgir caracteres nacionales que permiten distinguir a simple vista un grupo de cien italianos de uno de cien ingleses. Lo mismo ocurre en el seno de comunidades sociales reducidas que viven en el mismo suelo pero están sometidas a condiciones de existencia diferentes en tal o cual punto: en una ciudad determinada, se distingue sin mayor dificultad, por lo menos en los países donde la estratificación social no es muy reciente, a un obrero de un burgués.

15. LIMITES DE LA ACCION DEL MEDIO

Tengamos cuidado, sin embargo, de no caer en el error corriente de poner en un plano de igualdad raza y medio. Mucho se ha exagerado la eficacia de este último factor, a menudo por razones muy poco científicas. ¿Se comprueban en el seno de la gran raza blanca diferencias étnicas tan marcadas como las que distinguen a los suecos de los sicilianos? Se olvidan casi siempre las mestizaciones sucesivas que modificaron la raza de los últimos. También se olvida frecuentemente que la diferenciación, bajo la acción del medio, de razas que provienen de un mismo tronco se ha producido en el curso de milenios, y que las modificaciones históricamente observables se reducen a poca cosa en comparación

con la parte estable de la masa hereditaria de los conjuntos étnicos. Por consiguiente, sin negar que el medio haya sido el factor de la formación de las razas actuales, bien tenemos que comprobar que, en nuestra escala de observación y de acción, su influencia sólo es secundaria, siendo erróneo atribuirle la responsabilidad de las diferencias fundamentales que separan las razas. Si bien parece establecido que el índice cefálico, que se consideraba hasta hace poco un carácter hereditario inalterable, es susceptible de sufrir la acción del medio, como es el caso de los hijos de inmigrantes blancos en Nueva York, no queda menos cierto que los niños nacidos en dicha ciudad de parientes semitas o negros conservan sus características étnicas esenciales: sólo la mestización repetida logra unificarlos, por lo menos exteriormente, con los norteamericanos de estirpe europea. Hace ya un siglo que Gobineau notó con acierto que "en todas partes el mundo ha visto florecer sucesivamente, y en los mismos suelos, la barbarie y la civilización" según las razas que los han poblado. La acción actualizadora del medio, admítanse o no las teorías monogenistas, es, sin duda, el factor de la diferenciación de las razas. Pero tenemos que comprobar que lo esencial de dicha diferenciación ya estaba cumplido en el origen de los tiempos que nos son más o menos conocidos, no siendo posible, por otra parte, volver sobre la historia de la especie —o de las especies— que se impone a nosotros. Ninguna acción del medio puede hoy día borrar ni siquiera atenuar de manera perceptible las diferencias adquiridas entre las grandes razas

"de color" ni entre las razas principales constituidas en el seno de éstas, exactamente como simples cambios de clima, alimentación y adiestramiento no son capaces de transformar en percherón una jaca de Shetland. Pero sabemos también que los caracteres adquiridos en el curso de su evolución por los distintos conjuntos étnicos poseen un margen de variación sometido al medio. El clima tropical no transformará en negros un linaje de blancos, pero sí atenuará su dinamismo y sus facultades de invención. Y bastarán dos o tres generaciones en la fábrica para convertir en proletarios, física y psíquicamente, un linaje de campesinos, mientras que las condiciones de la vida urbana moderna producen la rápida degeneración de quienes sufren sus efectos. Las razas humanas están hoy en día un poco en la situación del ajedrecista al final de un largo partido. Este no puede volver sobre sus jugadas anteriores ni recuperar las piezas perdidas y debe tener en cuenta la historia del partido, que pesa sobre sus últimas posibilidades. El medio —la posición de las piezas en el tablero— condiciona todavía su juego y puede hacerle perder o ganar, pero solamente en la medida en que su sino no esté determinado ya por sus elecciones pasadas. Quizás fuera agradable al árabe remontarse al punto de separación de las razas blancas y orientarse entonces hacia los arios: sería éste un anhelo sin significado. Pero un jefe consciente podrá impedir que abandone sus camellos por alguna fábrica y evitar así que un medio degradante destruya las posibilidades que le quedan. Es un hecho al cual nada se puede cambiar que el medio, agente

eficaz de diferenciación, unificación y progreso —o decadencia— de los conjuntos étnicos, sólo actúa de modo decisivo en el marco de las razas existentes y se muestra incapaz de volver sobre lo anteriormente adquirido.

16. CREACION DE LA RAZA

Nos hallamos ahora en condiciones de captar el proceso de constitución de un grupo racial en las varias hipótesis posibles. La raza se crea por mestización y bajo la acción del medio. Pero mientras que la mestización es capaz, por sí misma y hasta en los casos extremos, de realizar la homogeneidad del conjunto originariamente complejo, el medio no puede sino actualizar los caracteres virtuales comunes a los varios elementos étnicos que intervienen en la formación de la nueva comunidad. Vale decir que su acción está limitada por las posibilidades ya existentes, aunque no manifiestas, de la masa hereditaria de los componentes del grupo. El hombre sólo se adapta al medio en la medida que posee en sí mismo la respuesta a las condiciones que ése le plantea. Notemos sin embargo que por la selección —que estudiaremos más adelante— el medio es capaz de una acción, negativa sin duda, pero que domina la herencia del conjunto considerado, puesto que puede eliminar ciertos elementos constitutivos en provecho de otros más resistentes o más adaptados. Ahora, aprehendemos mejor la jerarquía que existe entre los factores de creación de la raza. La masa hereditaria de un conjunto constituye la totalidad de sus posibilidades

biopsíquicas y queda esencialmente invariable. Pero algunas de dichas posibilidades sólo se manifiestan en condiciones particulares del medio, mientras que la selección determina cierta elección entre los caracteres heredados. De ahí se deduce no solamente que la raza, lejos de ser un recuerdo más o menos mítico del pasado, es por el contrario una creación continua de la historia sino también que nos es posible influir en su proceso de formación. Eso es lo que hacen, más o menos empíricamente, los criadores: modifican, por mestización, la masa hereditaria del grupo que les interesa; imponen a éste condiciones de vida que suscitan, o por lo menos favorecen, tal o cual carácter deseado; le dan eventualmente un adiestramiento que se transmitirá, con el tiempo, en forma de carácter adquirido, de generación en generación; seleccionan a los individuos mutantes, sea para eliminarlos, sea para utilizarlos como reproductores; descartan, por fin, los elementos que no corresponden al tipo buscado. Logran así crear razas casi perfectamente homogéneas y bien adaptadas a un fin determinado. Corresponde a la biopolítica estudiar, sobre las bases así establecidas, cuál es la importancia del factor étnico en las sociedades humanas y precisar en qué medida es posible y deseable aplicarles las normas y procedimientos de la zootecnia. Le corresponde después actuar. Ya es tiempo, en efecto, de que el hombre cuide su raza tanto como la de sus animales domésticos.

II

LA ETNOPOLITICA

17. LA CLASIFICACION DE LAS RAZAS

Nuestros análisis anteriores muestran cuán inútil es intentar la clasificación de las razas sobre la base de hipótesis de origen específico que el actual estado de la antropología no permite afirmar ni negar. Puesto que la raza se crea, nos importa menos saber si existían en el principio de la humanidad uno o varios grupos étnicos que precisar empíricamente la distinción presente de las comunidades raciales. No siendo posible, en nuestra escala de observación y acción, comprobar ni producir el paso de un individuo o conjunto humano de una gran raza a otra, es indiferente para nosotros que dichas grandes razas hayan existido desde el origen o sean el resultado de una diferenciación prehistórica sobre la cual no se pueda volver. Pero hablar de grandes razas es ya establecer una clasificación entre los conjuntos étnicos, vale decir comprobar la existencia de amplias comunidades raciales, cada una de las cuales posee determinados caracteres físicos, biológicos y psíquicos que también se manifiestan, en alguna medida,

en los conjuntos internos más diferenciados. Se admite hoy día, unánimemente, que las grandes razas son tres, las que, por falta de una terminología más exacta, llamamos blanca, amarilla y negra; denominaciones poco satisfactorias, ya que el color es sólo uno de los caracteres distintivos reconocidos, aunque el más visible, pudiendo su elección trabar al etnólogo en su intento de clasificar algunos conjuntos mestizos o marginales. Las grandes razas son, por lo general, perfectamente deslindadas, como también las razas en que se dividen, trátese de productos de una diferenciación por el medio o por la mestización, lo que no siempre podemos afirmar con certeza. No se necesita ser especialista para distinguir a cien japoneses de cien mongoles o a cien chinos del norte de cien guaraníes y definir las razas correspondientes como conjuntos diferenciados de la gran raza amarilla. Igualmente se podrá distinguir sin mayor dificultad, en el seno de la gran raza blanca, la raza semita, o, en el seno de la gran raza negra, la raza pigmea. Sin embargo, en este nivel, la delimitación se hace ya menos precisa y deja "residuos" no clasificados o de clasificación discutible. Por ejemplo: el conjunto de los blancos europeos —ni semitas ni camitas— ¿constituye una o varias razas? Las respuestas son contradictorias por dos razones: primero, los métodos erróneos de clasificación fundados en caracteres inestables, tales como la altura o la forma del cráneo; en segundo lugar, la obstinación historicista de los que quieren a toda costa apoyarse en el origen de las razas consideradas, olvidando que los conjuntos étnicos son el producto

de un doble proceso de diferenciación y fusión, con predominio, según la época, de una u otra de dichas tendencias evolutivas. Los blancos europeos habrán constituido en otro tiempo varias razas bien distintas. Pero su estado de fusión es tal hoy en día que casi constituyen una única, en la cual ya se distinguen las razas en formación que corresponden a las comunidades geográficas y políticas. Históricamente es sin duda erróneo calificar de arios a todos los europeos, pero étnicamente es exacto en conjunto, sea o no acertada la denominación elegida y aunque no siempre podamos precisar en qué medida no permanecen, debajo de las diferenciaciones actuales, supervivencias de razas que existían antes de su fusión relativa. Este movimiento constante y diverso a menudo se olvida cuando se trata de establecer un mapa de las razas. Mientras que es fácil deslindar, a pesar de las innumerables mestizaciones, el territorio de las grandes razas, así como el de conjuntos netamente diferenciados por hibridación entre grandes razas —los malayos, por ejemplo—, la tarea se vuelve delicada cuando se trata de las razas, porque algunas de ellas se encuentran en continua fluctuación. En Europa, las antiguas delimitaciones de las razas nórdica, alpina y mediterránea no han perdido todavía todo significado, pero tienden a ser removidas por las nuevas razas nacionales, por otro lado menos diferenciadas en razón de la creciente interrelación de las comunidades y de la uniformación de las condiciones de vida. Vale decir que si bien la raza, cuando sus caracteres distintivos son dominantes y poco variables, es tan estable como la gran raza

y no se modifica esencialmente sino por mestización, es fundamentalmente inestable cuando sus caracteres son sensibles a la presión del medio o sujetos a mutación. Por lo tanto, existen razas esencialmente diferenciadas, cuyos caracteres distintivos adquiridos ya no pueden ser modificados sino por mestización, y razas accidentalmente diferenciadas, cuyos caracteres distintivos adquiridos son todavía susceptibles de modificación por el medio.

18. EL CRISOL

Esta última observación es importantísima, puesto que permite establecer lo que podríamos llamar el grado de parentesco de las razas, vale decir la relativa facilidad de su eventual fusión en un todo homogéneo, así como precisar el concepto de mestización. Si en efecto, se unen dos individuos o dos conjuntos pertenecientes a razas accidentalmente diferenciadas, su descendencia poseerá los caracteres comunes a las dos razas, mientras que los caracteres distintivos accidentales serán atenuados y, con el tiempo, borrados por el medio. Tal es el caso, particularmente claro, de las casas reales de Europa: el Zar Nicolás II y el Rey Alfonso XIII tenían en las venas sangre de todas las antiguas razas del viejo continente; manifestaban sin embargo los caracteres étnicos de los rusos y los españoles respectivamente, vale decir de nuevas razas en formación. Por el contrario, la alianza de razas esencialmente diferenciadas da híbridos, exactamente como la de grandes razas. Es decir que un nuevo conjunto sólo na-

cerá de ellas por homogeneización endogámica. Tenemos ahora la explicación del fenómeno llamado "del crisol", tal como se produce en los Estados Unidos donde elementos procedentes de todas las razas europeas ya han obtenido, en un tiempo muy breve y a pesar de una inmigración casi continua, una homogeneidad relativa que hace de su población un nuevo conjunto étnico cuyos caracteres propios son netamente perceptibles. Por el contrario, los judíos que viven en Europa desde hace más de dos milenios han conservado, por pertenecer a una raza esencialmente diferenciada en el seno de la gran raza blanca, caracteres peculiares que los distinguen de las poblaciones arias. Resulta de todo eso que se puede clasificar a las Comunidades sociales, desde el punto de vista étnico, en dos categorías: las que son racialmente homogéneas, procedan ya de un tronco único, ya de una "mezcla" de razas accidentalmente diferenciadas o de una mestización completa, y las que son racialmente heterogéneas porque la unificación de elementos constitutivos pertenecientes a razas esencialmente diferenciadas todavía no está terminada. Resulta, igualmente, que la unidad étnica de un país de inmigración depende del grado de parentesco de las razas que componen su población y del tiempo trascurrido desde su puesta en contacto.

19. LA DESIGUALDAD DE LAS RAZAS

El grado de homogeneidad étnica de las sociedades humanas no constituye el único factor de clasificación que deba tener en cuenta la biopolítica. Hay también

que considerar el valor relativo de las razas en presencia. Es extraño que dicho problema haya sido y sea todavía objeto de discusiones tan vivas y que se persista en falsear sus datos con interpretaciones teológicometafísicas —además por lo menos discutibles— que nada tienen que hacer en un campo en que sólo debe imperar la observación objetiva. Las razas son desiguales como los individuos. Cualquiera sea la razón —insuficiencia originaria o evolución posterior mal dirigida —el hecho es que ciertos conjuntos étnicos se muestran hoy en día incapaces de crear una civilización y hasta de asimilar la que se les suministra. ¿Podrán hacerlo en el porvenir? Lo ignoramos, y aun en este caso subsistiría su actual inferioridad: el niño no es el igual del adulto, y menos aún cuando se trata de un niño atrasado. Notemos, por otro lado, que ciertas razas llamadas primitivas son en realidad degeneradas, sin que el nivel de su época más brillante se haya jamás elevado muy alto. Pero ¿para qué insistir? Nadie pone en duda los hechos: la gran raza negra no ha producido ni ciencia, ni literatura, ni filosofía, ni teología; su arte no se puede comparar con los de Europa, Asia y América; su organización política ha quedado rudimentaria. Nadie discute tampoco el hecho de que los blancos, dondequiera que hayan aparecido, han constituido un poderoso factor de orden y progreso. ¿Entonces? Los pocos defensores de la igualdad de las razas explotan casos individuales que no significan absolutamente nada. Evidencie tal jefe de tribu africana más inteligencia que un campesino común de Europa y más valor moral que un delincuente chino, y haya sido el

negro norteamericano Carver un gran químico y hasta un bienhechor de la humanidad, todo eso implica simplemente que los conjuntos étnicos no están globalmente superpuestos en la escala de los valores y que el primero de los negros no viene después del último de los amarillos o de los blancos. Pero, cuando consideramos una raza, es la comunidad que representa la que nos interesa, con su *élite* y sus imbéciles, mas en cuanto conjunto orgánico y no como suma de individuos. No vayamos a creer, sin embargo, que la comparación entre conjuntos étnicos sea siempre fácil de hacer y su resultado, siempre indiscutible. El concepto de superioridad es esencialmente relativo a la escala de valores que se acepta o se crea. Si se decreta que la resistencia al calor es criterio más importante que la inteligencia, se deberá admitir la superioridad de la gran raza negra sobre las demás y especialmente sobre la blanca... Rozamos aquí la paradoja. La dificultad, aunque cierta, no se manifiesta sino en casos límite. Cuando se ve, por el contrario, a lo largo de la historia, las grandes razas blanca y amarilla, y sobre todo la primera, dominar en todas partes por donde pasen, crear imperios, culturas y técnicas, no es fácil negarles la supremacía de conjunto, aun cuando su superioridad pueda ser discutida sobre tal o cual punto en particular. Por otra parte, una divergencia de juicios sobre el valor relativo de tal y cual conjunto étnico no contradiría en absoluto el hecho de la desigualdad de las razas, el único que nos interesa aquí.

20. RAZA Y COMUNIDAD

Salvo unas pocas alusiones, sólo hemos considerado hasta ahora a los conjuntos étnicos, homogéneos o no, lo que era indispensable para poder echar las bases teóricas de nuestro estudio. Pero, en la realidad de la historia pasada y presente, conjunto étnico y Comunidad política no se confunden sino muy excepcionalmente: ora una raza comprende varias Comunidades, ora una Comunidad posee en su seno elementos étnicos diversos. Ya que la sociedad política debe evidentemente constituir el marco de la biopolítica, aun cuando nuestras conclusiones nos obliguen a juzgar defectuoso el trazado de sus fronteras, tenemos ahora que considerarla desde el punto de vista étnico. Sea, por lo tanto, una Comunidad política orgánicamente compuesta de grupos básicos —biológicos, econónimos, religiosos, etc.— federados en forma de pirámide. Si dicho conjunto es racialmente homogéneo, o por lo menos constituido por elementos étnicos accidentalmente diferenciados en vías de unificación, como es el caso de las naciones de la Europa occidental y, salvo la importante minoría judía y la ínfima minoría india, de la Argentina, su valor depende, sin discusión posible, de la masa hereditaria común. No queremos decir con eso que los factores geofísicos, geopolíticos, institucionales, económicos, religiosos, culturales, lingüísticos, etc., constituyan meras estructuras determinadas o superestructuras ilusorias y que sólo la raza dé a la Comunidad las condiciones de su ser político, sino simplemente que dichos factores ven su eficacia y hasta su misma exis-

tencia subordinadas a las posibilidades étnicas del conjunto. La raza es, por consiguiente, el substrato, modificable en la medida que ya hemos precisado, de la vida de la Comunidad: una especie de materia prima que no es maleable sino dentro de ciertos límites y de la cual nadie —Estado comunitario o Estado conquistador— puede prescindir so pena de fracaso; y dicho fracaso será sancionado por una inferioridad política relativa que provocará con el tiempo la degeneración biológica del conjunto considerado. Nos parece extraño que el hombre de la calle entienda sin dificultad que el clima sólo tiene un valor relativo a la raza y que, por ejemplo, el del Ecuador, excelente para los negros, produce por el contrario sobre los blancos un efecto debilitante, pero se obstine demasiado a menudo en considerar como absoluto el valor de tal o cual régimen institucional. Es cierto que existen leyes políticas generales que se aplican a todas las sociedades humanas, precisamente porque son humanas y se apoyan en un fondo común; pero cada raza posee caracteres propios que exigen, para manifestarse con toda su fuerza, un orden particular.

21. LAS COMUNIDADES POLIETNICAS

El inciso anterior sólo se refiere a las sociedades políticas de raza homogénea. Pero acontece que, por el juego de circunstancias históricas diversas, una Comunidad comprenda a veces a individuos y grupos pertenecientes a distintas grandes razas o conjuntos étnicos esencialmente diferenciados. Ora las razas en presencia son indudablemente desiguales, como cuan-

do se trata de blancos y negros, por ejemplo; ora son tan sólo diferentes, o desiguales con respecto a una escala de valores sujeta a discusión La valía de tal Comunidad poliétnica depende evidentemente de los elementos raciales que la componen. Pero ¿es exacto decir, como en el caso de una Comunidad étnicamente homogénea, que dimana de su masa hereditaria? No, pues no están en juego una sino varias masas hereditarias diferentes y, a menudo, desiguales que actúan por su presencia, pero también por sus relaciones. Así los negros de los Estados Unidos disminuyen, por los problemas que su existencia suscita, el valor político de la Comunidad de que forman parte, mientras que los negros del Angola dan a esa provincia portuguesa una mano de obra sin la cual ni siquiera podría subsistir. ¿Por qué tal diferencia? Simplemente porque, en el primer caso, las instituciones no corresponden a la realidad. Las leyes federales norteamericanas no tienen en cuenta ni la existencia ni menos todavía la desigualdad de hecho de los dos conjuntos étnicos asociados: están elaboradas para los blancos y aplicadas tales cuales a los negros, lo que constituye un disparate creador de todas las dificultades que se saben. La convivencia, en una misma Comunidad política, de razas desiguales no es en sí, ni mucho menos, un factor de inferioridad. Por cierto, una nación étnicamente unitaria posee, además de su valor esencial, una particular eficacia en la acción como en la resistencia. Pero no es sino la eficacia de lo que es: sería estúpido adquirirla por mestización a expensas del ser de la raza dominante. Una Comunidad poliétnica jerarquizada posee, en

efecto, el valor de su componente superior aumentado de las posibilidades del inferior, mientras que la fusión establecería la unidad en un nivel intermedio entre las dos razas originarias. Se crearía además, durante varias generaciones, un perjudicial estado de heterogeneidad. Notemos, por otra parte, que unidad étnica y unidad política no se confunden. La cohesión política de la Comunidad depende de la organización social y del poderío del Estado del que depende la síntesis de las fuerzas en juego. Cuando los conjuntos étnicos inferiores son mantenidos en el lugar que corresponde a su valor funcional en el seno de la sociedad de que forman parte, no sólo no amenazan la unidad sino que contribuyen a afirmarla, puesto que representan fuerzas útiles del haz comunitario. El problema etnopolítico de las relaciones interraciales sólo se plantea a partir del momento en que uno o varios elementos constitutivos escapan del orden social y tienden a obtener un lugar que no corresponde a su valor intrínseco ni a su papel orgánico, vale decir rehusan desempeñar su función propia en el seno de la Comunidad.

22. LA ESPECIALIZACION RACIAL EN UNA SOCIEDAD ORGANICA

Los liberales que predican y, a menudo, imponen la igualdad política de las razas olvidan que, si bien ciertos derechos son inherentes a la misma naturaleza del hombre y otros, al valor individual, los derechos propiamente políticos corresponden no sólo a obligaciones, lo que constituye el aspecto moral del

problema, sino sobre todo a una función social. Pero las funciones, en el seno de una Comunidad, por poco desarrollada que esté, son desiguales en importancia y exigen de los que las desempeñan capacidades desiguales. ¿No es lógico y posible concebir una Comunidad poliétnica en la cual ciertas funciones estuvieran reservadas orgánicamente a tal conjunto racial que manifestara para ellas particulares aptitudes? La raza inferior, o simplemente inasimilable, encontraría así su lugar en la sociedad política y gozaría de los derechos correspondientes, y solamente de éstos. No faltan ejemplos históricos de semejante organización. El más conocido es, sin duda, el de los Estados Unidos antes de la guerra de secesión. Los negros desempeñaban funciones subalternas determinadas. Poseían, en contrapartida, el derecho de ser alimentados, alojados y vestidos, aun en la vejez; de ser asistidos en caso de enfermedad y protegidos siempre. Utiles a la Comunidad de que formaban parte, nadie pensaba en excluirlos de ella ni en odiarlos. Cuando la victoria del Norte liberal hubo suprimido esta especialización racial y roto el orden funcional poliétnico, los negros no adquirieron, por supuesto, las capacidades cuyo defecto los había hecho colocar en el más bajo nivel de la escala social; salvo algunas excepciones individuales, siguieron siendo peones y criados y todavía lo son hoy, después de cien años. Conservaron, pues, las funciones para las cuales estaban predispuestos. Pero perdieron los derechos correspondientes: los negros proletarios no conocen ni seguros, ni jubilación, ni estabilidad en el empleo. Se les reconocieron sí los mismos derechos políticos que

a los blancos, de quienes se creyeron entonces iguales. Se volvieron, por sus reivindicaciones, un peligro para una Comunidad en la que no aparecían más como necesarios: de ahí las reacciones a menudo brutales de que sufrían y sufren los efectos. Así como una raza de células [1] que pierde su función orgánica, los negros de los Estados Unidos se han transformado en un verdadero cáncer social. Es tan vano reprochárselo como indignarse. No se trata de culpabilidad ni de buenos sentimientos, sino de una situación etnopolítica cuyas causas conocemos y que se debe remediar, de ser todavía posible, por una reestructuración de la Comunidad.

23. LA ESCLAVITUD

Durante siglos, la esclavitud resolvió el problema, o, más exactamente, impidió que se planteara. Por una coacción efectiva o teórica, los negros estaban agregados a las familias blancas de que se volvían parte integrante, en posición subordinada. La sociedad esclavista no estaba constituida, pues, por dos conjuntos raciales yuxtapuestos, sino por una multitud de células familiares biétnicas. Por cierto, el sistema no era perfecto, ni mucho menos, y numerosas reformas se imponían. Pero corresponde juzgar la esclavitud desde el punto de vista político, vale decir con respecto a su fin: la convivencia armónica de dos o más razas en una misma Comunidad. No podemos dudar de que el sistema mantuvo entre blancos y ne-

[1] Se sabe que los tejidos constituyen verdaderas razas celulares funcionalmente especializadas.

gros relaciones orgánicas funcionales conformes al valor relativo de los grupos étnicos en contacto, si bien no siempre de los individuos que los componían. El esclavo estaba incorporado en la sociedad; no se lo trataba como paria ni como enemigo; se beneficiaba generalmente, tenido en cuenta el nivel de vida de la época, con una posición superior a la del proletario que es hoy en día. El amo estaba protegido no solamente contra las consecuencias de una eventual lucha de razas sino también y sobre todo contra el posible olvido de su superioridad étnica. El sistema esclavista complementaba, en efecto, la desigualdad de hecho de las razas con una desigualdad de derecho. El blanco podía cometer un desliz con una negra: el pequeño mulato, cualquiera fuese el color de su piel, no franqueaba la barrera étnicosocial. La mestización mejoraba por consiguiente la raza inferior sin jamás contaminar la superior. Sin embargo, se la apruebe o no, la esclavitud pertenece al pasado y no es posible volver a ella, cuando más no fuera por la sencilla razón de que la familia semi patriarcal que supone ya no existe casi en ninguna parte. Por lo menos debemos sacar la lección de la experiencia: la Comunidad poliétnica sólo es satisfactoria cuando el conjunto inferior está incorporado orgánicamente en el conjunto superior, sin poder amenazar la integridad racial de este último.

24. LA SEGREGACION

En defecto de una verdadera solución que responda a la ley biopolítica que acabamos de enunciar,

no queda sino el recurso de los paliativos de defensa. Paliativo, en efecto, la segregación que vemos aplicar con mayor o menor acierto por las Comunidades poliétnicas contemporáneas que no aceptan la idea de su decadencia por mestización. Se busca separar las razas que conviven en un mismo territorio y evitar en alguna medida su contacto por no haber podido o querido organizarlo, vale decir atenuar un mal que la sociedad se reconoce impotente a suprimir. Ora la limitación de las relaciones es mero hecho de costumbre, ora es legal. La comprobamos relajada en Nueva York y estricta en Sudáfrica. Pero siempre se demuestra insuficiente. Primero porque es poco sincera: el blanco quiere apartar a los negros de su familia, su barrio o su coche de ferrocarril, pero no de su fábrica porque constituyen una mano de obra barata para ciertos trabajos. O bien se los utiliza como carne de cañón. A veces la hipocresía liberal hace afirmar legalmente una igualdad de derechos que se niega de hecho. Pero, fuera absoluta la segregación, provista la raza inferior o inasimilable de un estatuto, prohibido el casamiento interracial y castigado como crimen el apareamiento, todo eso aun no constituiría ninguna solución satisfactoria. Pues la segregación forma bloques raciales que, rápidamente, en razón de la diferencia de condiciones de vida, o de la mera voluntad de poderío, se vuelven antagónicos. El esclavo negro no era ni se sentía solidario del conjunto de su raza sino de la familia de que formaba parte y cuyo destino compartía de derecho y de hecho. El proletario negro es y se siente, por el contrario, unido

con sus hermanos de raza por una condición común y un aislamiento compartido. Un esclavo negro maltratado maldecía a su mal amo; un proletario negro humillado proclama la lucha de razas. No hay sino dos soluciones valederas: el *apartheid* geográfico o la integración de los elementos étnicamente inferiores en una sociedad orgánica, dándoles la posibilidad de desarrollar sus potencialidades en grado máximo; posibilidad ésta que no poseen en la sociedad igualitaria que pone de relieve su inferioridad en lugar de compensarla con un orden social jerárquico.

25. DIALECTICA DE LAS RAZAS EN UNA COMUNIDAD POLIETNICA

Existe, pues, en el seno de toda Comunidad poliétnica, un doble movimiento dialéctico. Por un lado, salvo en el caso de una sociedad orgánica perfectamente establecida, la comunidad racial inferior o inasimilable mantenida bajo tutela protesta contra su estado, se opone al grupo dominante y lucha por su liberación, cuando no por la supremacía política. Pero, por otro lado, las dos comunidades tienden a fusionarse por mestización. Este último proceso tiene dos motivos: la atracción sexual y el deseo de los inferiores de acercarse a sus amos. El primer fenómeno es bien conocido: se le debe la mayor parte de los mestizos. El segundo exige alguna explicación. Se ha comprobado en los Estados Unidos, que los mestizos se casaban entre sí y que los negros se casaban de preferencia con mestizas tan claras como fuera posible. En el seno del conjunto inter-

viene por consiguiente una selección que obra en favor de la reproducción de mestizos cada vez más próximos al tipo blanco. Se llega así al nacimiento cada vez más frecuente de "negros blancos", vale decir de individuos mestizos que poseen apariencias de blancos. De ahí el fenómeno del *passing*, por el cual dichos mestizos, cambiando el lugar de su residencia, logran hacerse pasar por blancos, se casan dentro de la población blanca e introducen así en ella genes melánicos. El *passing* no es posible, evidentemente, sino por falta de discriminación étnica legal. Pero existe, y los Estados Unidos están en vías de "negrificación". La mezcla completa daría una nueva raza que manifestaría, posiblemente, cualidades de imaginación que no posee la población blanca actual. Pero desaparecerían irremediablemente la energía y el poder creador que caracterizan a los pueblos arios. Notemos, por otro lado, que dicho proceso de mestización es muy lento, sobre todo en los Estados Unidos donde la conciencia de raza está muy desarrollada, pero que la prolificidad de los negros, superior a la de los blancos, hace aumentar constantemente el porcentaje de africanos en la sociedad norteamericana. Si no se toman las indispensables medidas etnopolíticas, se puede prever el día en que no sólo una importante fracción de los blancos, o llamados tales, tendrá sangre melánica sino, más todavía, en que los mulatos dominarán numéricamente a la población blanca, como ya ocurre en el Brasil.

26. DIALECTICA DE LAS RAZAS EN EL MUNDO

La prolificidad de las razas inferiores y la relativa esterilidad de las razas superiores son hechos que no interesan solamente a las Comunidades poliétnicas, sino al mundo entero. Las pocas advertencias que, en el curso de la primera mitad de este siglo, pusieron en guardia a Europa contra el "peligro amarillo", hicieron sonreír. No se ha necesitado mucho tiempo para que la realidad se afirmara de modo evidente. Las naciones blancas ya ni siquiera están obligadas a defenderse sino que retroceden. Han perdido casi todos sus territorios coloniales. Algún día los blancos serán perseguidos en su propio suelo por pueblos inferiores en cualidad pero superiores en número. Los europeos han despertado a los amarillos de su sueño milenario, han impedido a los negros matarse entre sí y los han obligado a producir más y más alimentos. Llevando la higiene y la medicina a los pueblos inferiores, han multiplicado a sus adversarios de hoy y de mañana y han roto así el equilibrio étnico del planeta. Son blancos los que han fomentado y siguen fomentando, contra otros blancos, las insurrecciones coloniales. Pero todo eso no sería muy grave si los arios hubieran conservado sus cualidades ancestrales: a la guerra entre naciones blancas sucedería la guerra entre el mundo blanco y el mundo de color. Desgraciadamente, no parece que así sea. La degeneración de la gran raza blanca es ya tan profunda y su menosprecio de las leyes más elementales de la biopolítica, tan general que uno se pregunta si todavía está a tiempo para reaccionar.

III

LA GENOPOLITICA

27. BIOPSICOLOGIA Y ORDEN SOCIAL

Consideremos ahora una Comunidad de raza homogénea o en proceso de homogeneización suficientemente adelantado para que no sea necesario tomar en cuenta en su seno a grupos étnicos diferenciados. Si la examinamos desde el punto de vista sociológico, nos aparecerá como un conjunto de grupos sociales y asociaciones, entrelazados y jerarquizados, que desempeñan funciones diversas, y podremos trazar su esquema orgánico. ¿Nos dará éste una idea completa de la sociedad en cuestión? No, pues ésta está formada, en última instancia, por individuos repartidos en los grupos de marras cuya materia prima humana constituyen. Estos individuos son diferentes y desiguales por los caracteres biológicos y psíquicos que poseen. Sus diferencias y su desigualdad repercuten necesariamente en los grupos sociales de que forman parte. El sociólogo y, con más razón, el especialista en ciencia política, no pueden por consiguiente ignorar la biopsicología, vale decir la disciplina que estudia al hombre en su unidad y su in-

tegralidad; no al Hombre abstracto que Maistre decía no haber encontrado nunca de ninguna parte, sino al hombre real, con sus caracteres generales pero también con sus particularidades. La raza no es, por lo tanto, sino uno de los datos del problema biopolítico. Si la eliminamos de nuestros futuros análisis por ser común al conjunto social considerado, nos queda por establecer las relaciones que existen o deberían existir entre los grupos sociales y la naturaleza biopsíquica de los seres que los componen. Ya que dichos grupos son esencialmente funcionales, nuestra búsqueda tenderá lógicamente a establecer su especialización orgánica sobre la base de la diferenciación biopsíquica de los individuos. Tal es la tarea de la genopolítica.

28. LA ESPECIALIZACION SOCIAL BIOPSIQUICA

Aunque, en nuestros días, no se lo admita fácilmente en sus consecuencias, el principio de la especialización social biopsíquica tiene vigencia en todas las sociedades existentes. Ninguna Comunidad desconoce las diferencias de edad de sus miembros. En todas partes, la adolescencia está reservada al estudio, la madurez al trabajo y la vejez al descanso. ¡Piénsese en el absurdo que resultaría de la inversión de este orden! La edad es uno de los factores esenciales de la diferenciación biopsíquica: el niño no tiene ni las mismas posibilidades físicas ni las mismas disposiciones psíquicas que el hombre maduro ni el hombre maduro que el anciano. De modo más general, la división del trabajo en toda sociedad

organizada se funda, en alguna medida, en las capacidades particulares de los individuos: no se eligen los profesores por sus músculos ni los estibadores por su sentido estético. Por lo tanto, el orden funcional tiene necesariamente en cuenta las disposiciones individuales o, mejor, se apoya en ellas, y nadie lo pone en duda. Sin embargo, se protesta frecuentemente contra la desigualdad funcional de los sexos, que es por lo menos tan manifiesta. La función de reproducción es esencial para la Comunidad que, sin ella, desaparecería en algunos decenios. Ahora bien: los papeles biológicos del hombre y la mujer son diferentes y sus consecuencias sociales también lo son: es la madre la que tiene al niño en su seno y le da de mamar. Por consiguiente, ella no está disponible para un trabajo regular de producción, y es natural que el hogar quede a su cuidado. Por otro lado, la conformación corporea y las cualidades psíquicas que le están ligadas no son más idénticas en la mujer y el hombre que en la vaca y el toro, si se nos permite la comparación. Nadie pensaría en hacer pelear vacas en la arena. ¿Por qué, entonces, dar a las mujeres las mismas funciones sociales que a los hombres? Las mujeres no están hechas para combatir, ni para mandar, ni para crear. Con razón se ha notado, en el orden artístico, que ninguna mujer fue jamás un gran compositor a pesar de que la exclusividad de la cultura musical está reservada, con pocas excepciones, al sexo femenino. Tenemos, sin embargo, que expresar la misma reserva que en lo que atañe a los conjuntos raciales: existen mujeres superiores a muchos hombres desde

el punto de vista de la energía combativa, la capacidad de mando y el poder de creación. Esto no invalida la diferenciación funcional que naturalmente corresponde a su sexo.

29. LA FAMILIA

Dicha especialización se afirma ante todo en la familia, grupo biopsíquico teóricamente completo, producto de la unión del varón y la mujer. La familia es un grupo funcional caracterizado: tiene por papel primordial la procreación y educación de los niños. Sabemos, por nuestros análisis del capítulo I, que el ser humano recibe de sus padres la totalidad de su dotación hereditaria. Por lo tanto, es un heredero no sólo por lo que adquiere después de su nacimiento sino también y ante todo por lo que es. Resulta paradójico, pues, que millones de educadores en el mundo se dediquen a orientar al niño entre sus potencialidades buenas y malas mientras que nadie, o casi nadie, se preocupa por la selección de los padres de quienes provienen dichas posibilidades o mientras que la selección que se practica se funda en consideraciones económicas que no tienen mucho que ver, sobre todo en la sociedad moderna, con las realidades biopsíquicas. La historia reciente conoció, sin embargo, varias formas de selección valederas cuya tradición se perpetúa en algunos medios, desgraciadamente cada vez más restringidos. La nobleza se trasmitía, en el Antiguo Régimen, por herencia paterna: era olvidar que la madre da al niño tantos genes como el padre. Pero la costumbre ge-

neralmente completaba la ley y las *mésalliances* eran excepcionales. Algunas órdenes militares se mostraban más estrictas en este campo y exigían de sus miembros por lo menos cuatro cuarteles de nobleza. Aun en nuestros días, las familias reales europeas, con pocas excepciones, se unen entre sí indefinidamente. Notemos por fin que la historia más lejana nos habla de ciertas familias que, aisladas por razones étnicas o simplemente biopsíquicas dentro de una población inferior, conservaban por una estrecha consanguinidad sus cualidades particulares: así las familias imperiales del Perú y, en lo que atañe a la última dinastía, del Egipto.

30. EL LINAJE

La familia puede, por consiguiente, perpetuarse por uniones sucesivas total o relativamente consanguíneas y constituir así un linaje que conserve un haz de cualidades biopsíquicas determinadas. Este fenómeno no es propio de tal o cual estrato social. Existen linajes obreros y campesinos como linajes aristocráticos y la noción de *mésalliance* vale para todos los niveles de la escala social. Aun cuando de hecho sea a menudo el resultado de prejuicios, en el pleno sentido de la palabra, dicha noción posee sólidas bases científicas y corresponde a un peligro real de destrucción del linaje. Introducir en éste un elemento desconocido o simplemente extraño es hacer una experiencia sobre la cual no se podrá nunca volver. ¿Cuál será la síntesis biopsíquica que resulte de ella? La previsión en este campo nos está ve-

dada, al menos por el momento. La conservación endogámica de la masa hereditaria tradicional asegura, por el contrario, salvo caso de degeneración, la unidad en el tiempo del tipo familiar, físico y psíquico. La existencia de tal tipo no puede negarse en los linajes homogéneos. El mismo lenguaje corriente lo admite cuando recurre a la expresión "aire de familia". La historia conoce linajes de artesanos, campesinos, industriales, artistas, estadistas, jefes de guerra, etc. El linaje es, por lo tanto, un conjunto biopsíquico hereditario diferenciado. No se distingue en su esencia de la raza. Así como vimos las grandes razas dividirse en conjuntos secundarios, vemos ahora a éstos subdividirse en linajes. Ahora captamos mejor la unidad de la biopolítica. Comprendemos mejor también que haya que tomar en cuenta, para instituir un orden social orgánico, no solamente los varios conjuntos étnicos que pueden convivir en una Comunidad, sino también los conjuntos biopsíquicos, de la misma naturaleza pero de grado distinto, en los cuales se dividen los conjuntos raciales homogéneos.

31. EL ESTRATO SOCIAL

Veremos más adelante cómo se diferencian los linajes. Pero tenemos que notar de inmediato que, salvo en los casos de estricta consanguinidad, no se forman ni se mantienen en el aislamiento. Las uniones entre linajes de la misma jerarquía, si no del mismo valor, y a menudo de la misma función social producen con el tiempo una homogeneización que los

unifica en un conjunto más amplio: es éste el origen del estamento del Antiguo Régimen (salvo, por supuesto, en cuanto al clero católico, de naturaleza distinta), con sus subdivisiones; es también, pero en menor grado, el de la clase contemporánea. El estamento, en una Comunidad étnica homogénea, se puede comparar con la casta de la Comunidad mestizada, pero con una diferencia fundamental: la casta es necesariamente cerrada porque está fundada en una síntesis particular de caracteres raciales esencialmente diferenciados, que no se quiere modificar. El estamento, por el contrario, puede ser abierto a los mutantes porque los caracteres biopsíquicos que le pertenecen en propio son accidentalmente diferenciados, lo que no quiere decir que son el producto del azar sino simplemente que nacieron y pueden nacer todavía por acción del medio. Las clases sociales modernas no han conservado íntegramente la naturaleza biopsíquica de los estamentos. La sociedad liberal ha favorecido el acceso a la capa dirigente de elementos inferiores pero sometidos, conscientemente o no, a la voluntad de la oligarquía capitalista. Ha permitido la elevación social por la fortuna. Al mismo tiempo, ha rebajado hacia las capas inferiores, o mantenido en ellas, a los elementos dinámicos que consideraba peligrosos en razón de su valía. No deja de ser verdad, como lo nota muy justamente Carrel, que los campesinos que han permanecido apegados a su tierra a pesar del llamado de la fábrica lo han hecho porque poseían las cualidades y lagunas que los hacían aptos para tal modo de vida. Asimismo, el peón que se muestra incapaz de conver-

tirse en oficial padece manifiestamente una insuficiencia orgánica y psíquica. Todo el mundo admite de hecho, aun cuando sea imperfecta, esta naturaleza biopsíquica de las capas sociales, reconociendo la existencia de tipos físicos y mentales que las expresan. Existe un tipo campesino, un tipo proletario, un tipo burgués, un tipo aristocrático, etc., tan diferentes los unos de los otros que algunos creyeron poder explicarlos exclusivamente por distintos orígenes raciales.

32. EL ORIGEN DE LA ESTRATIFICACION SOCIAL

Tal es en particular la tesis de Gobineau: la estratificación social sería el producto de la conquista militar y el sometimiento de los vencidos. Así, en Francia, la nobleza procedería de los invasores germanos de raza nórdica, altos, rubios y dolicocéfalos, mientras que el resto de la población sería galorromano, con predominio numérico del elemento alpino, bajo, moreno y braquicéfalo. Esta explicación, establecida en función del fijismo étnico de su autor y por analogía con el sistema indio de las castas, peca por históricamente inexacta. Queda demostrado, en efecto, que la aristocracia feudal francesa se constituyó por la unión de los jefes bárbaros y los patricios galorromanos y, por otra parte, se aumentó y renovó, a lo largo de los siglos, por innumerables ennoblecimientos. Esto no invalida el hecho de la supremacía social del tipo dolicocéfalo y Vacher de Lapouge lo estableció sólidamente sobre bases estadísticas: la estatura media y la proporción de altas estaturas, así

como la de dolicocéfalos, aumentan con el nivel social. Según el mencionado sociólogo, la razón de tal fenómeno sería simplemente la superioridad del tipo nórdico que se conservaría a pesar de la mezcla de razas y se concentraría en las capas dirigentes de las cuales eliminaría en alguna medida, por selección, el tipo alpino. Tal interpretación no tiene en cuenta la variabilidad de los caracteres en los cuales Vacher de Lapouge la funda. Tenemos, hoy en día, motivos para creer que el índice cefálico se modifica por acción del medio: Boas parece haber demostrado que los hijos de inmigrantes dolicocéfalos y braquicéfalos tienden, en Nueva York a la mesocefalia. También sabemos que la estatura no es ningún factor hereditario inmutable y que la vida urbana, por lo general, determina su aumento. Por fin, el mismo Lapouge demuestra que la despigmentación del pelo y la piel proviene de una atrofia patológica producida por los climas fríos y brumosos y que es corregible, aunque hereditaria, por cambio de las condiciones de vida. Por lo tanto, parece claro que la estratificación social depende de factores accidentalmente diferenciados y es el producto del doble movimiento de los tipos anteriormente constituidos que se unen por afinidad y capacidad y del medio funcional que transforma, cuando es preciso, a los seres que reciben su presión.

33. DIFERENCIACION HEREDITARIA Y ESPECIALIZACION FUNCIONAL

Examinemos el primer punto. Sea una sociedad en formación, tal como la de la "frontera" norteamericana al final del siglo pasado. No iban al Oeste sino hombres aventureros y emprendedores. Los que poseían alma de jefe, constitución física adecuada e inteligencia suficiente agrupaban naturalmente alrededor de ellos a individuos fuertes y valerosos, pero incapaces de dirigir una operación contra los indios y conquistar una estancia en la pradera. Otros, inteligentes, pero menos audaces o incapaces de mandar, abrían almacenes. La especialización funcional, en un medio donde casi no intervenían la fortuna ni las convenciones, se hizo, por consiguiente, sobre la única base de las capacidades biopsíquicas de los individuos, exactamente como en la alta Edad Media europea. No ocurre lo mismo, evidentemente, en las sociedades organizadas, y mal organizadas, de hoy. El orden establecido pesa sobre las individualidades fuertes que tratan de elevarse, mientras que mantiene artificialmente a seres inferiores en un nivel que no corresponde a su reducida capacidad. Pero si consideramos a los conjuntos y ya no a los individuos, comprobaremos que, por lo general, existe todavía una concordancia entre la función y la dotación hereditaria de quien la desempeña. Y eso se produce sencillamente porque, en la sociedad contemporánea como en la "frontera", aunque en menor grado, la función requiere caracteres biopsíquicos particulares. En el régimen más igualitario, no es posible nombrar a

un fogonero comandante de buque. La estratificación social se funda, por lo tanto, en la selección biopsíquica de individuos que responden a las exigencias de las diversas funciones. Desde este punto de vista, resulta exacto decir, con Vacher de Lapouge, que las capas sociales "atraen" a seres de determinado tipo.

34. VARIABILIDAD HEREDITARIA POR LA FUNCION

Pero este punto de vista es insuficiente. Cuando el desarrollo de la industria multiplicó las fábricas, no existía ningún tipo proletario hereditario que sirviera de norma para el reclutamiento. Los industriales fueron a buscar a sus obreros entre los campesinos, de tipo fijado por siglos de un modo de vida sin cambio. Por cierto atrajeron en primer lugar a los menos capaces, a los "menos campesinos", pero muchos otros siguieron el ejemplo, quienes estaban sin embargo perfectamente adaptados al trabajo de la tierra. No obstante, vemos hoy en día a una clase proletaria biopsíquicamente tan diferenciada como sea posible de la población campesina. Asimismo, para volver a nuestro ejemplo anterior, la aristocracia europea del Antiguo Régimen tenía un tipo muy diferente del de la burguesía, en el sentido propio de la palabra, en la cual se reclutaba continuamente. Vacher de Lapouge nota con razón que los cronistas de la época siempre describen al señor medieval como alto, esbelto y rubio, mientras que el villano aparece como petizo, rechoncho y moreno. Las cualidades mentales no eran, por supuesto, menos distintas. Sin duda, cier-

tos ennoblecidos eran mutantes individualmente diferenciados de su estrato de origen. Pero la mayor parte sólo se distinguían de su medio primitivo por el grado de sus cualidades: se mostraban más valerosos, más audaces, más inteligentes, más aptos para el mando y físicamente menos pesados que la mayoría de sus pares. Algunas generaciones bastaban, con la ayuda de los matrimonios, para incorporar a los recién llegados en la antigua nobleza, sin que las características de esta última fuesen modificadas. El fenómeno nada tiene de sorprendente. Los ennoblecidos y sus descendientes recibían la presión del nuevo medio en el cual vivían. En lugar de obedecer, mandaban. En lugar de dirigir el arado o manejar la herramienta, andaban a caballo y combatían. En lugar de alimentarse principalmente con harinas y carnes de animales domésticos, comían caza y a menudo reemplazaban el agua por el alcohol. Los valores morales a los cuales estaban sometidos ya no eran los mismos. Su cuerpo y su mente se transformaban por adaptación a su nueva existencia. De campesinos o burgueses, se volvían señores. Captamos ahora la doble relación que existe entre la función y el tipo humano. La función atrae y por consiguiente selecciona a seres que poseen el tipo correspondiente a sus necesidades, pero el tipo relativamente inadecuado se adapta a la función y se modifica bajo su influencia. Si es exacto decir que, en una Comunidad de homogeneidad todavía imperfecta, las supervivencias étnicas constituyen, como las mutaciones biopsíquicas, un factor de la especialización funcional, no lo es menos afirmar que la función crea la "raza", vale decir forma con-

juntos biopsíquicos homogéneos según un proceso semejante al del que nacen los conjuntos étnicos accidentalmente diferenciados.

35. IMPORTANCIA DE LA DIFERENCIACION FUNCIONAL

La tipología funcional de los conjuntos sociales es, por consiguiente, relativa como la de las razas: se apoya en la frecuencia de aparición de caracteres que no se encuentran sino excepcionalmente todos juntos en una misma persona. Es fácil, y la sociología como la psicología a menudo lo han hecho, comprobar la existencia no de un tipo funcional por conjunto sino de varios, así como establecer sobre bases experimentales las semejanzas que se afirman en tal o cual campo entre tipos pertenecientes a conjuntos distintos. Entre el aristócrata y el intelectual de "clase media" puede haber —y generalmente hay— menos diferencia desde tal o cual punto de vista que entre dicho aristócrata y el hidalgo, mientras que éste a menudo se parece más, en lo que atañe a tal o cual carácter, a los campesinos que a sus pares. ¿Qué significa esto? Simplemente que cada estamento o clase abarca en realidad una multiplicidad de profesiones diversas que constituyen subcategorías funcionales, a las que corresponden tipos biopsíquicos diferenciados. La nobleza comprende a estadistas, militares, diplomáticos, intelectuales, campesinos; el proletariado, a estibadores, mecánicos, grabadores, etc. Las clases medias son todavía más complejas. Pero ciertas profesiones son comunes a varios estratos: caracteres

comunes se sobreponen por consiguiente a los caracteres diferenciados. Se dirá con razón del hidalgo: es un campesino, pero no se lo confundirá con campesinos de otra extracción social, aun infinitamente más ricos que él. Dicho de otro modo, la jerarquía priva sobre la diferenciación profesional, pero esta última actúa sin embargo sobre los varios niveles de la estratificación social. Existe, por lo tanto, una diferenciación vertical —jerárquica— y una diferenciación horizontal —profesional— que suman sus efectos. De modo general, la primera es la más profunda. Será más fácil a un estibador volverse mecánico que diplomático, como también a un hidalgo convertirse en oficial del ejército más bien que en labrador. Si se duda de la eficacia de la diferenciación funcional hereditaria, basta recordar la frase desengañada de Trotsky sobre "la incapacidad congénita del proletariado en volverse clase dirigente", o poner en paralelo algunos retratos elegidos al azar de miembros de la antigua aristocracia rusa con las fotografías de algunos líderes de la actual burocracia salida de las capas inferiores de la población sin que el tiempo haya podido realizar su obra. La estratificación biopsíquica de la sociedad es tan acentuada que llega a veces a superar, sin destruirlas, por supuesto, las diferencias entre grandes razas. Un aristócrata japonés, de estatura relativamente elevada, cráneo alargado, cara fina, ojos derechos y con cualidades de mando, coraje y honor, a menudo es más próximo, aun desde el punto de vista físico, de un aristócrata europeo que de su compatriota de tipo biopsíquico grosero, pequeña estatura, ojos oblicuos y nariz achatada.

36. LA SELECCION NATURAL

Debe quedar bien entendido, sin embargo, que la diferenciación funcional no actúa sino en el marco del conjunto étnico considerado. Actualiza, por selección y formación, las potencialidades de la "materia prima" humana de que dispone, las que dependen esencialmente de la raza. Pero tenemos que agregar: y del estado presente de dicha raza. No es indiferente, en efecto, que ésta sea joven o vieja. Una raza es joven cuando las condiciones de vida de sus componentes se han conservado sencillas y no los han constreñido a adaptarse mucho ni, por consiguiente, a elegir mucho entre sus posibilidades naturales. Una comparación nos hará entender mejor el problema: un niño bien dotado puede elegir entre una formación científica y una cultura humanística, pero un hombre de sesenta años será incapaz de volver sobre la elección que orientó su mente de una vez por todas, y cualquier cambio funcional quedará inoperante al respecto. Tampoco es indiferente que una raza sea fuerte o degenerada, pues sus caracteres distintivos poseen un grado cualitativo primordial y dicho grado, como los mismos caracteres, no es idéntico en todos los integrantes del conjunto étnico observado en determinado momento de su historia. Ciertos individuos son subalimentados, alcohólicos, sifilíticos, o simplemente débiles. Otros, por el contrario, están en plena posesión de todos los recursos de la raza. En condiciones primitivas de existencia, los débiles desaparecen antes de haber podido procrear. La "materia prima" sobre la cual actúa la diferenciación funcional posee,

por consiguiente, por el juego de una selección natural, un máximo de posibilidades. No ocurre lo mismo hoy en día. El orden social biopsíquico exige no solamente la diferenciación funcional sino también y ante todo la eliminación de los elementos inferiores, vale decir del residuo funcionalmente inutilizable o socialmente peligroso. Sin tal depuración, la raza degenera. El eventual nacimiento de un genio heredosifilítico no compensa la decadencia biopsíquica del conjunto de la Comunidad. No parece, por otra parte, que los siglos anteriores, que gozaron de los efectos de la selección natural, hayan sido más pobres en hombres superiores que el nuestro.

37. LA DIFERENCIACION ECONOMICA

El mundo contemporáneo está muy lejos de vivir en el estado de naturaleza. Su estructura social desconoce las leyes de la biopolítica, a pesar de las numerosas supervivencias de una organización anterior fundada en la diferenciación biopsíquica y aunque las realidades de la naturaleza humana a menudo se imponen a las utopías igualitarias. Notemos, por otro lado, que estas últimas, en la medida en que triunfan, sólo tienen un carácter destructivo y se muestran incapaces de reemplazar por una construcción coherente el antiguo orden de cosas. La sociedad liberal no ha establecido la imposible igualdad. Se ha limitado a substituir la diferenciación biopsíquica por una diferenciación económica que ha confundido todos los valores. La riqueza, en lugar de ser un instrumento puesto a la disposición de la capa dirigente, se ha

convertido en un medio de llegar al poder social. En otros tiempos, uno era rico porque desempeñaba una función de mando; hoy en día, en la sociedad liberal, uno manda porque tiene dinero. La estratificación social está determinada por la diferencia económica que separa las clases. El sistema que hace del dinero, en lugar del valor unido a la función, el criterio de la jerarquía social constituye sin duda alguna, desde el punto de vista biopolítico, la peor de las aberraciones.

38. LA SELECCION AL REVES

Así como el liberalcapitalismo se ha empeñado en destruir el orden cualitativo de la sociedad, la seudo civilización moderna se ha esforzado en suprimir la selección natural. Las condiciones artificiales de vida que ha creado permiten la supervivencia de individuos biopsíquicamente inferiores que, en otros tiempos, habrían desaparecido. La medicina, si se le ocurre, a veces, salvar a seres de valor, víctimas de accidentes biológicos, más a menudo sostiene a los débiles, los tarados, y los degenerados, permitiéndoles así vivir, lo que no importa mucho, pero también procrear y corromper las generaciones venideras. Paralelamente a dicha acción antinatural con que se aprovechan elementos nocivos para la Comunidad, el mundo moderno practica una verdadera selección al revés. Las guerras de antes eran poco sangrientas. Exigían cualidades físicas y morales cuya carencia determinaba la muerte. Producían, por lo tanto, una selección natural violenta, en particular dentro de la nobleza que ganaba en vigor lo que perdía en número. Hoy en

día, la guerra exige cada vez menos valor por parte de quienes la hacen. Atrozmente mortífera, alcanza sobre todo a la juventud que compone las tropas de choque. El coraje, en ella, es un factor de muerte. Los mejores elementos son sacrificados en provecho de los débiles y de los cobardes, que quedan atrás. La guerra social y los disturbios que son su consecuencia tienen un resultado todavía más manifiesto. La aristocracia, producto de una selección milenaria, es eliminada por matanza, expulsión o imposición de condiciones de vida que provocan su rápida degeneración. Por fin, la guerra civil mata a voluntarios que, por su sola presencia en primera fila, evidenciaban sus cualidades morales.

39. ARISTOCRACIA Y "ELITES"

Cuando la aristocracia, diezmada por la guerra o destruida por la lucha social, se renueva absorbiendo a los elementos superiores de la burguesía o del proletariado, muchos de los que selecciona encuentran así el camino de su propia realización, pero provocan el empobrecimiento cualitativo de los estratos de donde surgen. En una sociedad orgánica, cada grupo está jerarquizado exactamente como la misma Comunidad. Si la capa social dirigente atrae a los jefes naturales de las colectividades secundarias, disocia a éstas y, con el tiempo, las destruye. Mal cálculo éste, desde cualquier punto de vista, ya que el empobrecimiento de los estratos inferiores produce su degeneración biopsíquica y, por consiguiente, el agotamiento de las fuentes de donde surge la indispensable reno-

vación de la aristocracia. No incurrimos aquí en ninguna contradicción. Es normal y necesario que la aristocracia o, de modo más general, la capa dirigente incorpore a los mutantes que salen de las *élites* de las capas inferiores. Pero es nocivo que absorba a estas mismas *élites* cuya existencia es indispensable para el buen funcionamiento de la Comunidad.

40. EL DESEQUILIBRIO BIOPSIQUICO DE LA COMUNIDAD

La selección al revés, cuyos aspectos esenciales acabamos de examinar rápidamente no constituye el único factor del desequilibrio biopsíquico que produce la rarefacción de los elementos superiores de la población. Tenemos que señalar también un fenómeno paralelo al que hemos notado en el campo de la lucha de razas: la esterilidad relativa de las capas de más alto nivel con respecto a la prolificidad de las inferiores. Es un hecho indiscutible que las familias que pertenecen a las capas superiores tienen pocos hijos. Las razones materiales son múltiples: dificultades de alojamiento y de servicio, recursos insuficientes con respecto a las necesidades de una vida refinada, trabajo de las mujeres, etc. Agreguemos el temor a la maternidad por parte de mujeres que quieren, aun cuando no ejercen ninguna profesión, salir de su papel natural, el debilitamiento de las disciplinas religiosas y de las tradiciones, y también la degeneración fisiológica que produce el medio urbano. Por eso mismo, si la proliferación de los conjuntos étnicos de co lor constituye una amenaza para las Comunidades de

raza blanca, la de los elementos biopsíquicamente inferiores es ya un hecho consumado. Claro está que subsisten todavía numerosos descendientes no degenerados de las antiguas aristocracias y que la formación funcional bastaría, con el tiempo, para reconstituir estratos dirigente dignos de tal denominación. Lo que nos parece más grave es el doble proceso de empobrecimiento numérico de la aristocracia, o de lo que ocupa su lugar, y de aumento de los elementos inferiores que sigue desarrollándose con ritmo acelerado sin que nada permita prever su fin próximo y sin que se haga nada para trabarlo, antes al contrario. Nuestra sociedad liberal se encamina hacia un estado uniforme de mediocridad, hacia una confusión general que pondría término, definitivamente, al predominio de la raza blanca y, transformando en rebaños sus Comunidades orgánicas, la llevaría a su fin.

41. LA DESAPARICION DEL ORDEN SOCIAL BIOPSIQUICO

Gobineau veía en la mestización el único factor de la decadencia de los conjuntos étnicos y del ocaso de las civilizaciones. Sabemos ahora que la degeneración biopsíquica puede ocurrir por simple transformación del medio. Los blancos que se instalan en el trópico degeneran. Los linajes especializados que pierden su función degeneran. Las Comunidades que destruyen el orden social biopsíquico degeneran. Nuestra época padece no solamente la mestización sino también la igualdad funcional de los sexos, la confusión de los estratos sociales, la reabsorción de

las *élites* y las aristocracias privadas de sus funciones. Como lo anunciaba Maurras hace medio siglo, el oro priva sobre la sangre. ¿Todo está perdido? No, pues la raza blanca no es víctima de la fatalidad sino de su propia inconsciencia. La mala política es causa de la desaparición del orden natural. Una buena política bastaría para restablecer las condiciones de una regeneración.

IV

EL VOLUMEN DE POBLACION

42. EL FACTOR DEMOGRAFICO

Desde el punto de vista de su "materia prima" humana, cualquier conjunto social se define por los caracteres cualitativos de sus integrantes, tales como los analizamos en los capítulos anteriores, pero también por el volumen de su población. Consideremos, como ejemplo básico, a la familia de tipo conyugal. Se caracteriza por las relaciones que vinculan en su seno a varón y mujer, por un lado, y a padres e hijos, por otro. Desde el punto de vista estructural, es perfecto el grupo biosocial que incluye al padre, la madre y un hijo. Y también lo es el que comprende al padre, decenas de madres y cientos de hijos. Sin embargo, nadie se atreverá a decir que estas dos familias son idénticas ni que la generalización de la una o la otra sería indiferente. Pues, en el primer caso, se entraría en un tremendo proceso de despoblación mientras que en el segundo, salvo carencia anormal de varones, se llegaría a un profundo desequilibrio social por falta de mujeres disponibles para gran parte de los varones casade-

ros. A las relaciones estructurales corresponde por lo tanto agregar, para tener una visión exacta de una situación social, las relaciones numéricas en las cuales las primeras se dan. Tales conclusiones valen tan obviamente para todos los grupos sociales, asociaciones y comunidades que no creemos necesario repetir el análisis para cada uno de ellos. Notemos, sí, que las relaciones numéricas adquieren mucho mayor importancia aún en los conjuntos amorfos. La misma existencia de la masa depende del número de sus integrantes. La muchedumbre manifiesta sus características propias en un grado proporcional a su volumen. En los grupos sociales complejos y en las comunidades, la población considerada en su aspecto numérico tiene una doble incidencia fundamental. En primer lugar, determina en gran parte la complejidad de las formas. Las relaciones estructurales, sencillas en un taller artesanal o en una aldea de unas decenas de familias, se complican inevitablemente, por multiplicación, diferenciación y federación, a medida que aumenta el número de los individuos abarcados. En segundo lugar, el poderío relativo del conjunto y, por lo tanto, sus posibilidades de afirmación proceden parcialmente de su importancia demográfica. La observación y el análisis histórico coinciden, por cierto, para mostrarnos que la calidad priva sobre el número. Pero éste no deja de constituir un factor ponderable de la evolución social.

43. LA DENSIDAD DE POBLACION

Es en el seno de la comunidad geosocial que el problema demográfico adquiere su plena importancia. Grupos, asociaciones, comunidades intermedias de otra naturaleza y conjuntos amorfos no pueden, en efecto, repartirse ni más ni menos que la población existente en el marco territorial que los abarca a todos. Sus relaciones constitutivas, ya lo sabemos, no son independientes del factor demográfico, pero el volumen de población que incide en ellas es el de la comunidad geosocial. Y éste, al margen del valor absoluto que tiene, depende fundamentalmente, en cuanto a sus consecuencias, del espacio territorial en que se encuentra. La densidad de población, o sea la relación existente en una comunidad geosocial entre número de habitantes y extensión territorial constituye, pues, el primer aspecto general del problema demográfico que convenga abordar. El ser humano no es un espíritu puro. Ocupa determinado espacio físico: no solamente el que llena su cuerpo, sino también el que necesita para cobijarse y moverse conforme a su naturaleza y su grado de desarrollo. Requiere, para su alimentación, sustancias que, directa o indirectamente, provienen del suelo o el mar y suponen, por lo tanto, un espacio complementario. Tales exigencias determinan, para cualquier territorio, una densidad de población óptima: la que corresponde a la total utilización del espacio disponible, por un lado, y a la plena satisfacción de las necesidades de los habitantes, por otro. Por debajo de tal densidad, hay espacio desaprovechado;

por encima, necesidades insatisfechas. En ambos casos, estamos frente a una situación patológica. Es obvio que la densidad óptima que se pueda calcular, en determinado momento, para tal territorio no constituye ningún valor absoluto. Pues depende de la relación existente entre el espacio disponible y el grado de desarrollo de la población. Una tribu nómade de economía pastoril necesita, para satisfacer sus exigencias de consumo, más territorio que un conjunto sedentario, numéricamente igual, de economía agrícola. La técnica contemporánea permite aumentar considerablemente el rendimiento del suelo, recuperar tierras agotadas, irrigar y aprovechar el desierto, y hasta producir en laboratorios alimentos sintéticos, aunque siempre con materias primas extraídas del suelo o el mar. La densidad óptima de población se refiere, por lo tanto al espacio disponible en su nivel presente de aprovechamiento. Tal sería, por lo menos, la situación de una comunidad de economía cerrada. El intercambio comercial permite, en efecto, compensar en cierta medida las variaciones de signo contrario que, con respecto a la densidad óptima, se producen en comunidades complementarias. Aun teniendo en cuenta sus fuentes de materias primas, las áreas industriales necesitan mucho menos espacio y mucho más población que las zonas rurales. En la teoría, las primeras padecen un exceso de población, pues su territorio no permite alimentar a sus habitantes, mientras que las segundas evidencian una densidad inferior a la óptima, puesto que producen más alimentos que los que sus pobladores pueden consumir. Sin embargo, la fe-

deración en una misma comunidad de áreas industriales y zonas rurales crea una densidad promedio que, óptima o no, siempre resulta más satisfactoria que los índices en que se basa. Idéntica compensación puede, evidentemente, realizarse entre Comunidades mediante corrientes de intercambio. Desde el punto de vista meramente estadístico, el procedimiento resulta satisfactorio. Pero la demografía no se reduce a una serie de cálculos y nos lleva a notar que tal división internacional del trabajo obliga a las Comunidades de producción primaria a mantener su densidad de población por debajo del nivel óptimo mientras que permite a las Comunidades más industrializadas aumentar la suya por encima de lo normal. La densidad promedio se establece, pues, a expensas de las primeras, sin la compensación del trasvasamiento migratorio que se produce automáticamente entre municipios y entre provincias. Las Comundades de producción primaria tienen que trabar artificialmente su crecimiento demográfico, tolerar y hasta fomentar la emigración y/o padecer el desempleo de parte de sus habitantes.

44. EL EQUILIBRIO DEMOGRAFICO NATURAL: SUS FACTORES BIOLOGICOS

La densidad óptima de población corersponde, para el hombre, a lo que los zoólogos llaman el equilibrio biológico de un territorio, o sea la relación numérica que se establece espontáneamente entre las distintas especies animales que conviven en el mismo espacio. En el estado de naturaleza —lo que no

quiere decir necesariamente, ni mucho menos, en estado salvaje— la población humana tiende naturalmente a alcanzar y mantener el equilibrio demográfico que procede de la densidad óptima. El hombre posee una capacidad de procreación muy superior a la que exige la mera conservación numérica de la especie. Cada mujer tiene un potencial reproductivo de unos quince hijos que, si se actualizara íntegramente, produciría en cada generación un crecimiento de más de siete a uno. La observación histórica nos muestra, sin embargo, que hasta hace menos de doscientos años la población de los territorios civilizados permanecía estable desde el punto de vista numérico, con altibajos que se resorbían rápidamente. También pone en evidencia los dos factores naturarales de equilibrio demográfico que actuaban entonces sin traba: la enfermedad y la hambruna. El hombre es un animal poco favorecido en cuanto a su resistencia biológica. Muy pocas eran, en la época considerada, las mujeres que estaban en condiciones de aprovechar plenamente su capacidad de reproducción y, por otro lado, la mortalidad infantil era considerable. Sin embargo, siempre la población tendía a crecer. Pero, periódicamente, se producían epidemias que la reducían a un nivel muy inferior al de su densidad óptima. Peste bubónica, cólera y viruela despoblaban a veces a provincias enteras y siempre suministraban ponderables cuotas anuales de muertos. A las epidemias se agregaban, con el mismo resultado, las hambrunas. No había, en la era precapitalista, ni superproducción ni subconsumo. Las reservas de productos alimenticios eran pocas o

nulas. Por otro lado, los medios de transporte, lentos y a menudo inexistentes, no permitían establecer compensaciones entre provincias diversamente favorecidas por el clima. Una mala cosecha en una región bastaba para producir el hambre y, directamente o por debilitamiento de la resistencia a la enfermedad, la muerte de parte de la población. El mismo fenómeno resultaba, aun sin deficiencia de producción, de un aumento del volumen demográfico por encima de la densidad óptima. Los alimentos normalmente producidos no bastaban para satisfacer las necesidades de todo el mundo: o bien unos se morían de hambre, o bien la subalimentación general multiplicaba las enfermedades y, por lo tanto, los fallecimientos prematuros. Es todavía lo que acontece periódicamente en la India y en el Nordeste brasileño.

45. EL EQUILIBRIO DEMOGRAFICO NATURAL: SUS FACTORES SOCIALES

A pesar de sus consecuencias positivas con respecto a la conservación del equilibrio demográfico, epidemias y hambrunas constituían calamidades públicas profundamente penosas. Las primeras no tenían remedio, pero se podía evitar o atenuar las segundas mediante medidas precautorias que los gobiernos europeos tomaron dentro de sus posibilidades, especialmente a partir del siglo XVIII. Las hambrunas fueron desapareciendo y la población hubiera superado su densidad óptima sin la intervención de factores de orden social que, ya efectivos en menor

escala, se incrementaron natural y espontáneamente para compensar la disminución del hambre periódica: la guerra, el celibato y la emigración. Se sabe que los conflictos armados de la Edad Media, cruzadas aparte, eran poco mortíferos y no resultaban mucho más peligrosos para sus escasos participantes que tal o cual deporte contemporáneo. Tal situación fue cambiando paulatinamente con la introducción de las armas de fuego y sobre todo, a partir del final del siglo XVIII, el empleo de ejércitos de conscripción. La conflagración bélica adoptó, en aquel entonces, el carácter de una lucha de exterminio hasta llegar, con la segunda guerra mundial, a la matanza en masa de militares y civiles. Resulta interesante comprobar que el progreso técnico, factor de superpoblación, trajo así una siniestra compensación parcial de sus consecuencias demográficas. Hasta principios de nuestro siglo no era la guerra, sin embargo, la que constituía el más eficaz factor social de equilibrio de población, sino el celibato. En efecto, legalmente hasta fines del siglo XVIII y de hecho durante cien años más, el régimen del mayorazgo otorgaba al primogénito, en todos los estratos sociales, la tenencia y administración del patrimonio familiar. De ahí que numerosos fueran los segundones, varones y mujeres, que no se casaban por carecer del sustrato económico correspondiente a su posición. El clero secular y las órdenes y congregaciones religiosas absorbían a gran cantidad de ellos. El servicio del Rey y de Malta, a otros más. No faltaban, en fin, especialmente entre las mujeres, los que permanecían solteros en la casa familiar donde tenían

de derecho su lugar. Así se reducía en un grado considerable la capacidad teórica de reproducción. El celibato, como factor de equilibrio demográfico, ha desaparecido casi totalmente en nuestra época, aun en los países católicos. Queda la emigración, tema éste que trataremos extensamente más adelante. Siempre hubo movimientos de población hacia los espacios vacíos o mal defendidos, acrecentándose el fenómeno, en cuanto a nuestra era, a partir del Descubrimiento y, en especial, en el siglo pasado cuando volúmenes considerables de emigrantes pasaron de Europa a América y a Siberia. Por supuesto tal factor de equilibrio no está al alcance de todos los pueblos ni menos, por lo general, de los más necesitados al respecto.

46. LA COMPOSICION DEMOGRAFICA

El equilibrio demográfico no se refiere solamente al número de habitantes en relación con las posibilidades del territorio. También tenemos que considerar a la población en cuanto a su composición estadística, vale decir a su discriminación por sexo, edad y, eventualmente, raza. Los integrantes de toda comunidad geosocial se dividen en varones y mujeres. Por lo general, se establece espontáneamente el equilibrio numérico entre los dos sexos. Nacen más varones que mujeres, pero éstas tienen más resistencia biológica y su promedio de vida es más elevado. Sin embargo, fenómenos naturales, como en el miserioso caso del Tibet, o más a menudo sociales —estado de guerra permanente o movimien-

to migratorio— pueden suscitar una desproporción que incida en las estructuras básicas. Con exceso relativo de varones o de mujeres, la familia adopta en efecto, normalmente, formas poligámicas. Si no lo hace por tratarse de una situación accidental y, por lo tanto, momentánea —caso de Alemania y la Unión Soviética como consecuencia de la segunda guerra mundial—, la existencia de un gran número de individuos constreñidos a permanecer solteros crea una serie de graves problemas sociales. Por otro lado, el desequilibrio de los sexos puede trabar el proceso de afirmación del conjunto. Esto no acontece en las sociedades primitivas o degeneradas, en las cuales el varón y la mujer se diferencian casi solamente en cuanto a su papel genésico. Pero, a medida que subimos en la escala de valores social, la distinción se hace más y más profunda y afecta todas las características biopsíquicas de los individuos. Una sociedad de mujeres, en la cual unos pocos varones se limitaran a asegurar la función de reproducción, no tendría el poder creador indispensable para realizarse plenamente. Una sociedad en la cual predominaran abusivamente los varones carecería no sólo de capacidad procreadora sino también de la sensibilidad imprescindible para alcanzar un nivel aun mediano de civilización. La noción de equilibrio es mucho más difícil de aplicar a la composición demográfica considerada desde el punto de vista de la edad. En la teoría, podemos decir que una sociedad está equilibrada, a este respecto, cuando tiene la proporción de niños necesaria, teniendo en cuenta los índices de mortalidad, para alcanzar o conservar la

densidad óptima. Se trata, pues, de un dato relativo a un factor variable. Sin embargo, como lo veremos en el inciso siguiente, una alta proporción de niños a veces crea problemas, especialmente de orden económico, aun cuando responda a un crecimiento legítimo. En cuanto a la raza, el análisis demográfico carece de todo patrón que no sea histórico. En efecto, la coexistencia en una misma comunidad de individuos pertenecientes a distintos troncos étnicos no es natural, aunque el orden fundado en tal situación puede serlo. El equilibrio que se alcance en este campo siempre será momentáneo e inestable. La historia lo demuestra a saciedad.

47. POBLACION ACTIVA Y POBLACION PASIVA

El análisis que antecede nos proporciona uno de los datos necesarios para precisar un aspecto importante, que apenas hemos aludido anteriormente, del problema planteado por el volumen demográfico considerado en su relación con el territorio. Nuestra definición de la densidad óptima vale, en efecto, para una población equilibrada en cuanto a sexo y edad. Pero, ya que se basa en una relación económica, toda variación que se produzca en la composición demográfica repercute inevitablemente en ella. En determinado nivel técnico, la densidad óptima depende, en efecto, de dos factores: la producción posible y el consumo necesario. La producción varía, por un lado, con el suelo disponible —considerado en el triple aspecto de su extensión, su calidad y las materias primas que contiene— y, por otro, con la mano

de obra existente. El consumo procede de las exigencias biopsíquicas de la población y, por lo tanto, en una situación social estable, del número de habitantes. Si consideramos el territorio como un factor constante, la relación económica se reduce a dos variables: el número de productores y el número de consumidores. Para una población dada, este último guarismo también es constante. No así el primero. En las condiciones supuestas, el número de productores depende, en efecto, fundamentalmente del sexo y la edad. La mujer casada —y es natural que la mujer se case— no está destinada a desempeñar tareas de orden económico, y tanto menos cuanto que más altos sean el nivel de civilización y, por lo tanto, el grado de diferenciación de los sexos. El exceso relativo de mujeres tiene, pues, por consecuencia o bien una situación social patológica o bien una reducción anormal del porcentaje de productores en la comunidad. El mismo fenómeno se produce cuando aumenta, por encima del índice de conservación demográfica, el porcentaje de los niños o cuando crece el de los ancianos. De ahí la necesidad de considerar la relación existente, en cualquier conjunto demográfico, entre población activa —productora y consumidora— y población pasiva —solamente consumidora—. Es obvio que el aumento del porcentaje correspondiente a esta última, permaneciendo constante el nivel técnico, produce una reducción de las posibilidades globales de consumo. Por otro lado, la variable en cuestión nos lleva a definir un concepto de densidad óptima útil en cuyo cálculo intervenga ya no solamente territorio y volumen de po-

blación sino también la relación entre población activa y población pasiva. La densidad óptima es entonces la que permite el pleno aprovechamiento productivo del territorio por la población activa, cualquiera sea el porcentaje relativo de consumidores pasivos. Para llegar a esta definición hemos supuesto que no variara la técnica de producción. Si está se va perfeccionando, se reduce el número de productores necesario para satisfacer determinadas exigencias de consumo y la densidad óptima útil disminuye, con aumento del porcentaje de consumidores pasivos; a expensas, claro está, del aumento de nivel de vida que se habría producido si, con la misma cantidad de productores, se hubiera acrecentado la producción merced al mejor aprovechamiento del territorio.

48. EL RITMO DEMOGRAFICO

Lo que acabamos de decir vale para una población numéricamente estable. Acontece, sin embargo, que el aumento porcentual de los niños y los ancianos en una comunidad no procede, por lo general, de una reducción del número de productores —adultos— sino de un crecimiento demográfico por mejoramiento de la tasa de nacimientos y/o aumento de la edad promedio. Rejuvenezca o envejezca la población —y ambos fenómenos pueden darse al mismo tiempo—, se produce un cambio en la relación entre sector activo y sector pasivo: hay cada vez más consumidores mientras que el número de productores permanece constante o, por lo menos, no crece con

la misma rapidez. Se dice que una población rejuvenece cuando la proporción de los niños que en ella se encuentran sigue una curva ascendente. El fenómeno se da normalmente después de una catástrofe demográfica —guerra o epidemia—, no por automatismo biológico, como a veces creen los legos, sino por un complejo proceso psicosocial mediante el cual la población procura alcanzar otra vez la densidad perdida, lo que sólo puede lograr a través de un aumento de los nacimientos. La misma causa produce el mismo efecto cuando un cambio técnico, sobre todo si lo acompañan medidas políticas adecuadas, permite un mayor índice de densidad. El crecimiento demográfico se mantiene entonces hasta que se alcance el objetivo buscado, como también sucede en los territorios en vías de poblamiento. Tal rejuvenecimiento acarrea una crisis momentánea por aumento del porcentaje de población pasiva. Pero el equilibrio interno se restablece —o, en territorios subpoblados, se establece— cuando se llega otra vez —o se llega, sin más— a la densidad óptima. Muy distinto es el caso en que el mismo fenómeno se produce, por reducción de la mortalidad infantil, en un territorio demográficamente saturado. El envejecimiento de la población, que también provoca el aumento de la población pasiva, procede de la aplicación de procedimientos sanitarios artificiales que violan la ley de la selección natural y hacen crecer la duración promedio de la vida individual. La proporción de ancianos va aumentando, con consecuencias negativas más graves que en el caso anterior, puesto que el anciano, a diferencia del niño, es

definitivamente, mientras viva, un consumidor improductivo. Vemos por lo tanto que, en un territorio que haya alcanzado su densidad óptima, el ritmo demográfico natural se expresa a través de una curva sinusoidal paralela a la que representa la evolución del nivel técnico. De ahí que, en nuestra época, sea francamente ascendente. Pero el proceso es función posible de dos factores, aislados o concurrentes. Si el ascenso se da por crecimiento del porcentaje de niños, el desequilibrio interno, provisional e inevitable, no quiebra el orden natural aunque crea problemas. Si, por el contrario, procede del aumento del porcentaje de ancianos, el desequilibrio es definitivo, creándose una situación patológica. Lógicamente, el crecimiento demográfico que proviene del aumento conjunto del número de los niños y de los ancianos, lejos de resolver la dificultad por compensación, acarrea por el contrario el mayor desequilibrio concebible, pues el porcentaje de población pasiva crece por ambos extremos del abanico de las edades. En el límite, si fuera posible alcanzarlo, se llegaría a una comunidad de consumidores sin producción alguna. Sin embargo, en el caso que acabamos de mencionar, la crisis es parcialmente momentánea, pues los niños se convertirán con el tiempo en productores. No así cuando los nacimientos disminuyen a la vez que va prolongándose la vida promedio. Pues la población activa envejece sin que nuevos individuos vengan a sustituir, en la misma proporción, los que dejan de producir.

49. LA PRESION DEMOGRAFICA

No siempre todos los conjuntos sociales que constituyen una Comunidad evolucionan, desde el punto de vista demográfico, con un ritmo uniforme. Lo normal, por el contrario, es que tales o cuales comunidades intermedias o estratos sociales crezcan numéricamente por razones que les son propias mientras que otros se estancan o hasta retroceden. Los conjuntos en proceso ascendente presionan entonces los demás en tren de conquista pacífica de su territorio, sus fuentes de abastecimiento o su poderío. Es éste uno de los factores de las migraciones internas. Conjuntos de densidad distinta tienden naturalmente a conseguir un equilibrio global por compensación, pero con la resistencia de los más favorecidos en cuanto a la relación existente entre producción y consumo. Todo conjunto social en crecimiento numérico ejerce, en virtud de su volumen de población, una presión demográfica sobre otros, menos pujantes en este campo, cuando niños, productos de un aumento anterior de los nacimientos, llegan a la edad adulta. Tal conjunto pasa así por dos estadios sucesivos. En un primer tiempo, crece su población pasiva, a expensas del nivel de vida. En un segundo tiempo, aumenta su población activa, la que necesita de más territorio y/o materias primas, si se trata de una comunidad geosocial, y, en todos los casos, implica mayor poderío. Dentro de la Comunidad, los antagonismos demográficos constituyen, por lo tanto, fenómenos normales. El volumen de población es una de las fuerzas que intervienen

naturalmente en la dinámica social. De ahí la siguíente contradicción: por un lado las comunidades geosociales están lógicamente limitadas en su crecimiento por la densidad demográfica óptima que corresponde a su territorio y su nivel técnico; pero, por otro lado, una población excesiva desde este último punto de vista resulta útil como factor de presión y, por lo tanto, de afirmación y hasta imprescindible para resistir las presiones externas de la misma naturaleza. En realidad, tal contradicción proviene de nuestra definición de la densidad demográfica óptima en la cual introducimos el factor consumo máximo deseable y posible. Si se reduce el grado de satisfacción de las necesidades teóricas sin llegar a perjudicar el potencial humano, la densidad de población puede aumentar por encima de su nivel óptimo. El sacrificio de una parte superflua del consumo permite así el acrecentamiento del poderío de la comunidad, sin consecuencias patológicas.

50. EL ESPACIO VITAL

Lo antedicho vale, por supuesto, para las Comunidades autónomas en sus eventuales confrontaciones de fuerza. Las que poseen una densidad demográfica superior al nivel óptimo buscan restablecer el equilibrio mediante la emigración o la conquista de más territorio. Lo cual no se puede lograr sino por la invasión, pacífica o bélica, de tierras ajenas de densidad de población inferior. Tal comprobación nos obliga a completar, con un nuevo enfoque del problema, nuestros análisis anteriores en los cuales hemos par-

tido del territorio para llegar al concepto de densidad óptima de población. El método así adoptado no es arbitrario, pues responde a la realidad natural del equilibrio ecológico. Pero no se nos escapa que se puede tanto definir el volumen de población deseable en función del espacio disponible como calcular el espacio necesario a partir de un volumen de población dado. En la teoría, este segundo procedimiento es más satisfactorio, ya que el hombre priva naturalmente sobre su marco geográfico. Pero, en la práctica, no siempre se adecúa a las posibilidades reales. El espacio de una Comunidad generalmente no es extensible, aunque sí, a veces, el territorio útil que nuevas técnicas permiten ampliar a expensas de zonas anteriormente inaprovechables, y los territorios de menor densidad demográfica no siempre están abiertos a la inmigración ni, menos, disponibles para un traspaso de soberanía. De ahí los conflictos bélicos que, en determinadas circunstancias, se producen entre Comunidades superpobladas y otras de densidad de población inferior al punto óptimo que corresponde, si no a su propio nivel técnico, por lo menos al de las primeras. Partiendo, pues, de la población, podemos determinar cuál es el territorio que es indispensable a una Comunidad para que goce de una densidad demográfica óptima y, por lo tanto, pueda afirmarse plenamente. La posesión y eventualmente, dentro de las disponibilidades existentes, la conquista de tal espacio vital corresponde, pues, a un derecho natural. Lo que no significa ni que la concreción de dicho derecho vaya de por sí ni que su existencia elimine necesariamente el derecho de la

misma naturaleza que pueda pertenecer a otra Comunidad de población menos densa. No olvidemos, en efecto, que la densidad demográfica óptima es relativa al nivel técnico y aumenta con él. Una Comunidad de economía agropecuaria, por ejemplo, necesita de un territorio que otra, industrializada, considerará semi vacío. La Alemania de 1941 buscaba su espacio vital en la Unión Soviética, de población mucho menos densa. Sin embargo, no le sobraba espacio a este último país cuya densidad óptima era, en razón de un nivel técnico inferior, mucho más baja que la del Reich. De ahí un conflicto de derechos naturales, no menos respetables el uno que el otro si dejamos a un lado consideraciones cualitativas de otra índole. El ejemplo de Alemania es el más indicado para mostrar cuán relativo es el espacio vital. Con una densidad de población superior a la de preguerra, su zona occidental se ha convertido en una tierra de inmigración: su progreso técnico ha hecho subir su densidad óptima hasta el punto que su población actual le resulta insuficiente. Sin duda el desequilibrio demográfico interno, consecuencia de la guerra, contribuye a acrecentar el fenómeno. Pero no es su única causa ni siquiera su causa principal, pues naciones como Suiza y Suecia, que permanecieron al margen del conflicto, también importan mano de obra.

51. LA REGULACION DEMOGRAFICA

Cuando una Comunidad sobrepasa o tiende a sobrepasar su densidad demográfica óptima sin posi-

bilidad —o sin deseo— de conquistar el espacio vital que corresponde a sus necesidades presentes y futuras, la única solución que se le ofrece para el problema planteado por la superpoblación es la regulación del número de sus integrantes. A los factores naturales —biológicos y sociales— del equilibrio demográfico se agrega así un factor racional que viene a complementarlos y a compensar sus fallas eventuales. La regulación voluntaria del volumen de población no es ninguna novedad del siglo XX ni se produjo por primera vez como consecuencia de las teorías simplistas de Malthus. El abandono de los ancianos —consumidores improductivos— ha sido y sigue siendo la costumbre de muchos pueblos primitivos, especialmente de tribus nómades obligadas a desplazarse sin impedimento en busca de sus medios de subsistencia. En la vieja China, era práctica común y admitida eliminar a recién nacidos de sexo femenino con el objeto de reducir el futuro número de los nacimientos. Independientemente de estos ejemplos, es un hecho estadístico bien conocido que, en los pueblos civilizados, la población urbana, por motivos económicos, y las capas de mayor nivel cultural, por espíritu de goce, limitan artificialmente su reproducción, a menudo con consecuencias muy negativas. Lo que aparece como consecuencia de la obra de Malthus, primero en el campo de las ideas y posteriormente en la práctica, es la regulación demográfica mediante el control de nacimientos. Notemos de inmediato que el principio y la metodología en cuestión no son inseparables, ni mucho menos. Siendo el hombre un animal racional y político, es perfec-

tamente normal que utilice sus facultades intelectuales y su ciencia y arte de la conducción comunitaria para resolver tan grave problema, sobre todo si se considera que éste se plantea en gran medida por haberse eliminado artificialmente factores biológicos del equilibrio demográfico. La planificación tiende a compensar la incidencia reducida de estos últimos por la aplicación razonada de factores sociales. Nada más natural. El control de nacimientos, por el contrario, si bien puede en determinadas circunstancias, como en el Japón después de la segunda guerra mundial, estabilizar el volumen de la población, provoca serios desequilibrios cualitativos cuyas consecuencias son, a la larga, peores que las que dimanan del desequilibrio numérico. Mediante la esterilización, la difusión de métodos y elementos anticonceptivos y el aborto legal, el control de nacimientos busca y consigue, en efecto, reducir el porcentaje de niños en la población. La sociedad, entonces, envejece. Los esquimales que abandonan a sus ancianos eliminan a individuos que ya cumplieron su función y de los cuales la Comunidad no puede más esperar gran cosa, o sea a consumidores definitivamente improductivos. La reducción de los nacimientos implica, por el contrario, la eliminación de consumidores provisionalmente improductivos, o sea de productores potenciales. Desde otro punto de vista, el control de nacimientos incide sobre todo en las capas de mayor nivel mental de la población —y, en escala mundial, en las razas de mayor desarrollo psíquico— por las mismas dificultades de aplicación de los métodos recomendados. Lo que acarrea un des-

equilibrio cualitativo de trágicas consecuencias. Sería mucho más satisfactorio eliminar a los individuos inservibles por una u otra razón. Pero, curiosamente, los civilizados de hoy que encuentran normal el aborto se horrorizan ante la eutanasia. Mantienen artificialmente en vida a monstruos y a locos incurables, pero al mismo tiempo impiden nacer a niños sanos, algunos de los cuales de gran valía potencial. No hay peor aberración. Sólo nos hemos referido hasta ahora, en este inciso, a la regulación demográfica por exceso de población. Por supuesto, la planificación abarca también el caso contrario. Los países que están por debajo de la densidad demográfica óptima tienen a su disposición dos procedimientos para corregir su deficiencia en este campo: el fomento de la natalidad por medios económicos, psicológicos y asistenciales, al modo de Italia y Alemania antes de la segunda guerra mundial, y la inmigración. El primero no plantea problema alguno. Del segundo hablaremos en el capítulo siguiente.

52. LA CONCENTRACION DEMOGRAFICA

En los incisos anteriores hemos considerado en forma global a la población de las comunidades geosociales. El procedimiento era correcto, pues se aplicaba a unidades de convivencia reales, pero no permitía abarcar al problema demográfico en todos sus aspectos. La densidad de población, tal como la hemos analizado hasta ahora, no pasa, en efecto, de un mero promedio que puede disimular variaciones internas de fundamental importancia. Pues una co-

munidad constituida por una gran ciudad ubicada en medio de un desierto podrá darnos el mismo índice que otra cuya población está repartida de modo homogéneo entre una multiplicidad de pueblitos, sin que sean comparables las respectivas situaciones demográficas de ambos territorios. De ahí la necesidad de complementar la densidad con el grado de concentración. Para medir la incidencia que tiene este último factor en las mismas estructuras, basta recorrer nuestra historia. En las provincias romanas, la gran mayoría de la población vivía en las *villae* —estancias o chacras de hoy— agrupada en familias de mayor o menor amplitud. Las ciudades no pasaban de plazas de guarnición, con o sin el agregado de mercados permanentes o periódicos. Con el feudalismo, las familias campesinas se concentraron alrededor de los fortines —futuros castillos fortificados— y constituyeron aldeas, algunas de las cuales, después del restablecimiento de grandes unidades territoriales, se convirtieron en burgos y ciudades de actividades artesanales y más tarde, en mucho menor medida, manufactureras. La población urbana fue creciendo muy lentamente hasta fines del siglo XIX o principios del siglo XX, cuando la multiplicación capitalista de las manufacturas drenó hacia las ciudades una parte de los habitantes del campo que fue aumentando posteriormente con el desarrollo económico que acarreó a la vez una mayor demanda de personal en los sectores secundario y terciario y, por la mecanización del agro, una reducción progresiva de la mano de obra agrícola. En la Europa occidental, un 40 % de la población hoy en día (1968) sigue

siendo rural, pero el correspondiente porcentaje no pasa, en los Estados Unidos más tecnificados y menos tradicionalistas, de un 7 %. A este desplazamiento del campo a la ciudad se agrega la tendencia cada vez más marcada al crecimiento, en cada Comunidad, de algunos centros urbanos que adquieren proporciones desmedidas. Las estructuras de una ciudad que cuenta con varios millones de habitantes no son, evidentemente, las mismas que las de una "gran aldea" de unos miles.

V

LAS MIGRACIONES

53. DEFINICIONES

Sólo las Comunidades de muy bajo nivel de civilización conservan a veces una población estable, desde el doble punto de vista cuantitativo y cualitativo, durante períodos apreciables de su evolución histórica. Pues sólo en ellas los factores naturales y sociales de equilibrio demográfico inciden plenamente de modo constante, mientras que sus potencialidades máximas de afirmación cualitativa o han sido actualizadas ya o están contenidas por condiciones de vida desfavorables. En las demás Comunidades se producen constantes modificaciones demológicas que proceden sea de variaciones internas, sea de factores migratorios. En el sentido más amplio de la palabra, se llama *migración* todo acto, voluntario o forzoso, por el cual un individuo o conjunto humano abandona su lugar de residencia para ir a establecerse en otro territorio. La biosociología, sin embargo, restringe el alcance del concepto. Por un lado, no se ocupa de las migraciones individuales salvo que su volumen las convierta en fenómeno social.

Por otro lado, no se interesa por los desplazamientos, constantes o crónicos, de conjuntos nómades en espacios vacíos. En estos casos, en efecto, no cambian ni la población ni las estructuras de las Comunidades consideradas. Por el contrario, éstas se mantienen inmutables, desde los mencionados puntos de vista, gracias al movimiento en función del cual están organizadas y que les permite conservar un siempre idéntico marco geoeconómico. Agotados los recursos naturales disponibles en un área, una tribu cazadora o pastoril necesita mudarse hacia otro territorio donde vuelva a encontrar las condiciones de vida a las cuales está adaptada. Para ella, el cambio de espacio geográfico es, por lo tanto, un factor de permanencia demológica y estructural. A la biosociología sólo le interesan las migraciones que acarrean modificaciones sociales. Estas pueden afectar a la comunidad que se desplaza o pierde integrantes, y también a la que recibe a los migrantes o se constituye con ellos. De ahí que se deba enfocar el fenómeno migratorio desde un doble punto de vista: el del conjunto de origen, y se habla entonces de *emigración;* el del conjunto receptor, y se está ante la *inmigración.* Corresponde, por otro lado, distinguir las *migraciones externas*, en las cuales el desplazamiento demográfico se hace de Comunidad a Comunidad, de las *migraciones internas* que se refieren a los movimientos de población que se producen dentro del espacio geográfico de una misma Comunidad. En fin, hay que considerar separadamente las *migraciones irreversibles* —las únicas que estudiaba la sociología hasta hace muy poco— y las *migracio-*

nes temporarias —en especial las que se proceden del turismo— que han adquirido últimamente considerable importancia.

54. MIGRACIONES GLOBALES Y MIGRACIONES PARCIALES

Las primeras migraciones de que tengamos un conocimiento histórico —por lo menos a través de sus efectos— son las de pueblos enteros. No nos referimos aquí a los desplazamientos de población hacia tierras vírgenes, tales como los de las tribus mongoles que pasaron del Asia a América por el Estrecho de Behring —éstos interesan al historiador pero no al sociólogo, como lo hemos visto en el inciso anterior— sino a los movimientos de pueblos enteros hacia territorios ya ocupados por conjuntos humanos autóctonos o llegados anteriormente. Pensamos especialmente en el desplazamiento total de los pueblos arios que, en olas sucesivas, emigraron del Asia central hacia la India, el Irán y Europa. Y, más recientemente, de las tribus turanias que, salidas del Turkestán, se instalaron en el centro de Europa, y de las hordas mongoles que se establecieron en Rusia. En semejantes casos, se trata de conjuntos sociales que, por una u otra razón, abandonan globalmente los territorios en que vivían para sobreponerse a poblaciones extrañas y, con el tiempo, mezclarse en alguna medida con ellas Tales migraciones tienen, por lo tanto, una doble consecuencia social: la desaparición de la Comunidad primitiva y la formación de una nueva con estructuras y, a veces,.

sustrato étnico diferentes. En el mundo contemporáneo, el fenómeno sólo se dio en menor escala, como aconteció, después de la segunda guerra mundial, con la población prusiana desplazada hacia la Alemania occidental. Las migraciones parciales, de características más variables, constituyen, por el contrario, una constante histórica. Cuando se dan las condiciones necesarias, se producen en todas las épocas y todos los pueblos. Grecia y Fenicia crearon ciudades en toda la cuenca del Mediterráneo. Roma pobló con ciudadanos provincias enteras del Imperio. Norteamérica, Australia y parte de Sudamérica deben la casi totalidad de su población a migrantes venidos de Europa. En algunos casos, los recién llegados se yuxtaponen a otros conjuntos raciales, autóctonos o inmigrados, como en Sudáfrica, o se mezclan con ellos, como en la mayor parte de Centro y Sudamérica. Las nuevas Comunidades deben mucho, cuando no todo, a los inmigrantes, pero sus estructuras, salvo a veces en lo que atañe al grupo familiar, son originales. Sus elementos constitutivos —individuos o familias— vinieron en efecto aisladamente, separándose de Comunidades que prosiguieron sin ellos su evolución histórica. Mencionemos, para completar nuestro análisis, el fenómeno intermedio de la dispersión mediante el cual un pueblo entero emigra, pero reparte sus integrantes entre varias Comunidades. Se trata, pues, de una emigración global que deesmboca en una inmigración parcial. El caso más célebre es el de la *diáspora* judía, en el siglo I. Del mismo modo, después de la segunda guerra mundial, algunas repúblicas de la Unión So-

viética fueron eliminadas mediante la dispersión de todos sus habitantes, deportados aisladamente a Siberia y a las provincias asiáticas del sur.

55. MIGRACIONES VOLUNTARIAS Y MIGRACIONES FORZOSAS

Nuestros ejemplos anteriores nos llevan a distinguir, en las migraciones, las que responden a una libre decisión de quienes se desplazan de las que constituyen el resultado de una imposición humana. En la práctica, sin embargo, la discriminación no siempre es tan fácil de hacer como parece a primera vista. Hay, por cierto, migraciones que indiscutiblemente son voluntarias. El campesino italiano que, entre 1860 y 1914, dejaba el país para "hacer la América" en la Argentina, el inglés, irlandés o alemán que emigraba a los Estados Unidos para encontrar mejores condiciones de vida o el judío que salía de la Europa occidental para el Nuevo Mundo en busca de oportunidades comerciales actuaban por propia decisión. Nadie los obligaba a hacerlo, ni nada los empujaba, salvo un juicio comparativo sobre su situación actual y las posibilidades ofrecidas en otras tierras. También fueron indiscutiblemente voluntarias las migraciones globales de los pueblos amarillos que, en distintas épocas, avanzaron en Europa con propósito de conquista. Sabemos, por el contrario, de desplazamientos forzosos —individuales y globales— que han dejado huellas profundas en la historia. La trata de negros, a la cual América debe una parte apreciable de su población, constituye

el ejemplo más claro de un movimiento de población, escalonado sobre varios siglos, que fue impuesto por la fuerza a sus víctimas. La expulsión por los soviéticos de la población de las provincias alemanas anexadas por Rusia y Polonia nos ofrece un caso reciente de migración forzosa de carácter global. Y la *diáspora* judía, un caso característico de emigración forzosa con dispersión voluntaria. Más difíciles de definir son los desplazamientos de población que tienen su origen en la persecución política, racial o religiosa. ¿Puede llamarse voluntaria la emigración de un individuo que no tiene otra alternativa que la muerte o la cárcel? Las autoridades de su país no lo expulsan: tratan, por el contrario, de detenerlo. Sin embargo, el perseguido no decide libremente: las circunstancias lo empujan en defensa de su derecho natural a la vida y la libertad. Pero también es cierto que se podría decir lo mismo del individuo que huye del hambre que pone en peligro, si no su misma existencia, por lo menos las condiciones mínimas de su realización personal y familiar. Más indefinido todavía desde el punto de vista del presente análisis es el proceso migratorio suscitado no por la persecución directa sino por una mera situación de intranquilidad, tal como la que padecían los judíos en el imperio zarista. Tampoco podemos ubicar claramente las migraciones provocadas, sin amenaza que afecte la libertad individual ni los bienes, por el cercenamiento de actividades colectivas de carácter cultural, nacional o religioso. Es natural que un conjunto humano al que se prohíbe practicar públicamente su religión o hacer uso de su idioma o que

meramente está sometido a una autoridad extraña busque escapar de una situación para él negativa y elija —libremente— la emigración.

56. LA EMIGRACION: SUS CAUSAS

Como acabamos de verlo, las causas del fenómeno migratorio son múltiples. Las podemos, sin embargo, agrupar en tres categorías: causas económicosociales, causas demográficas y causas políticas, dando a esta última palabra su sentido más amplio. Nada impide, por cierto, que factores de distinta naturaleza se sumen para desencadenar un mismo proceso. Encontramos un ejemplo característico de emigración económicosocial en la creación por Roma de colonias de poblamiento en provincias lejanas. La transformación del régimen romano de aristocrático en oligárquico había producido, a pesar de la reforma agraria, una extrema concentración de la propiedad rural. Puesto que, por otro lado, la mayor parte de los oficios estaban ejercidos por esclavos, los hombres libres carecían de medios de vida. La distribución de las tierras conquistadas resolvía, por consiguiente, un problema económicosocial. Pero también eliminaba un poderoso factor de descontento y tenía también, por lo tanto, motivación e implicancias de orden político. Puramente económicas fueron, siglos más tarde, las causas de la trata de negros, provocada por la demanda de mano de obra por parte de los ingenios y plantaciones de América y por la codicia de los traficantes, reyezuelos africanos y mercaderes árabes y europeos. Y fue el afán

de encontrar riqueza o, por lo menos, mejores condiciones materiales de vida el que llevó a emigrar a tantos campesinos del Viejo Mundo en el siglo XIX y a principios del siglo XX. A pesar de siempre estar mezcladas con elementos de orden económico, las causas demográficas del fenómeno migratorio son mucho más profundas que las anteriores. No se refieren, en efecto, a circunstancias accidentales ni individuales sino a un exceso de población. Cuando, en un nivel de desarrollo estabilizado, la cantidad de habitantes de un territorio llega a superar la que permite la densidad demográfica óptima, la solución lógica es el trasvasamiento del excedente. Así las ciudades griegas de la Antigüedad, con poco territorio y suelo árido, restablecían periódicamente su equilibrio demográfico mediante la creación de colonias, solución ésta que no carecía de propósitos económicos y políticos. La emigración irlandesa del siglo pasado respondía, a pesar de su carácter espontáneo, a motivos de la misma naturaleza, aunque las decisiones individuales tomadas al respecto procedieran de causas económicas, políticas y religiosas. Las causas políticas, considérense desde el punto de vista de la Comunidad que expulsa, directa o indirectamente, a un conjunto humano o en cuanto a la decisión más o menos libre de los emigrantes, siempre hacen a una incompatibilidad de convivencia. O bien un Estado considera peligrosa o meramente negativa la presencia, en el seno de la Comunidad que conduce, de elementos heterogéneos desde el punto de vista racial, cultural o ideológico, o bien dichos ele-

mentos se encuentran incómodos y, a veces, inseguros bajo una autoridad extraña. La emigración, forzosa o voluntaria de estos últimos, devuelve a la Comunidad su coherencia y permite a los integrantes del conjunto inasimilado encontrar en otras tierras condiciones de vida más satisfactorias. Por supuesto, la situación adquiere caracteres muy especiales cuando se trata de la deportación por una potencia conquistadora de los habitantes de un territorio anexado. La emigración forzosa, ya mencionada, de los alemanes de Prusia oriental, la de los musulmanes de Palestina y la de los francoargelinos, por ejemplo, constituyeron soluciones unilaterales, obtenidas a expensas de los derechos de las poblaciones desplazadas.

57. LA EMIGRACION: SUS CONSECUENCIAS

Si al sociólogo le interesan todas las causas, aun individuales, del fenómeno migratorio, puesto que de ellas depende el proceso en cuestión, sólo toma en consideración las consecuencias sociales que éste produce. Desde el punto de vista de la Comunidad de procedencia, toda emigración tiene un efecto básico que es siempre el mismo pero cuya incidencia valorativa varía considerablemente con las circunstancias: una pérdida cuantitativa de población. En el caso límite de un desplazamiento global o de una dispersión total, el territorio que ocupaba la Comunidad se vacía, quedando disponible para el causante del proceso o algún pueblo colonizador del futuro, y no hay nada más que decir al respecto. Pero cuando,

por el contrario, el proceso es sólo parcial, el problema de sus consecuencias positivas y/o negativas debe ser planteado. Es obvio en primer lugar que, salvo casos patológicos, todo ser humano tiene determinada capacidad actual o potencial de producción. Al verse privada de un individuo, la Comunidad pierde, por lo tanto, su producción actual o potencial. Si emigran productores actuales, las consecuencias son evidentemente negativas, como también lo son, aún en mayor medida, las de un alejamiento de niños —productores potenciales actualmente improductivos— a pesar del aumento de bienestar que provoca, en un primer momento, la eliminación de consumidores que no satisfacen sus necesidades con su trabajo. Desde el punto de vista cuantitativo, la emigración resulta positiva solamente cuando permite mantener o restablecer la densidad demográfica óptima, o sea cuando excluye de la Comunidad a productores potenciales que, por falta de recursos, nunca podrían convertirse en productores efectivos, siendo y permaneciendo así consumidores improductivos. Ya sabemos, sin embargo, que la densidad demográfica óptima es función del nivel de desarrollo. Lo antedicho vale, por lo tanto, para una Comunidad que, por una u otra razón, no tiene posibilidad de mejorar sus índices de aprovechamiento de los recursos existentes ni de encontrar nuevos elementos en este campo. Al permitir y hasta fomentar la emigración, la Italia anterior al fascismo resolvía parcialmente el problema de la desocupación pero perdía potencialidades merced a cuya actualización se podía, como la historia posterior lo demostró, absorber

la mano de obra sin empleo y mejorar el nivel de desarrollo del país. El aspecto cuantitativa del proceso no es, sin embargo, el más importante. Sea positiva o negativa desde este último punto de vista, la emigración acarrea consecuencias muy diferentes según el nivel cualitativo de los que se alejan. No es la misma cosa para una Comunidad perder a peones que, en definitiva, podrán reemplazarse con máquinas y perder a intelectuales y técnicos, factores insustituibles de todo progreso en cualquier campo. La emigración calificada que, desde los años anteriores a la segunda guerra mundial, se produce desde Europa y la Argentina hacia Estados Unidos es, por cierto, mucho más grave para sus Comunidades de origen que el desplazamiento de mano de obra europea que tuvo lugar, en el siglo pasado, con el mismo destino, aun cuando éste creaba, como para Alemania, vacíos demográficos sin colmar. La emigración de *brutos* es positiva en todos los casos. La de *asimiladores* puede serlo o no serlo. La de *realizadores* y, sobre todo, de *creadores*, siempre es catastrófica; especialmente en nuestra época en que el número va perdiendo mucho de su anterior importancia como factor de poderío.

58. BIOTIPOLOGIA DEL EMIGRANTE

Queda por saber si existen leyes sociales referentes a las características cualitativas de los emigrantes o si el desplazamiento voluntario de seres humanos responde a factores subjetivos que se manifiestan indiferentemente en todos los tipos biosocia-

les Es muy común encontrar al respecto juicios tan tajantes como infundados y nadie conseguirá nunca averiguar, sobre la base de tales afirmaciones arbitrarias y, a menudo, interesadas si los pueblos gaélicos llegaron primero al Atlántico por ser los más audaces o por huir más velozmente que los demás... Dejemos a un lado, en este análisis, a los conjuntos humanos nómades cuya inestabilidad territorial procede de necesidades constantes y, por supuesto, a los emigrantes forzosos cuyo desplazamiento obedece a causas ajenas a su naturaleza. Consideremos, pues, exclusivamente a los individuos que, pudiendo permanecer en su suelo natal, van a integrarse en Comunidades extrañas, solos o acompañados por sus respectivas familias. Notaremos de inmediato que todos tienen una particularidad común: son desarraigados, a la vez inadaptados a sus condiciones de vida y dispuestos a romper los vínculos que los unen con su ambiente geosocial. Son independientes, material y psíquicamente, de la Comunidad de que forman parte, sea por sentirse diferentes de sus demás integrantes, sea por tener la impresión —fundada o no— de que son rechazados por ella. De ahí dos tipos de emigrante: el *aventurero* y el *marginado.* El aventurero, de biotipo longilíneo, emigra para encontrar, fuera de un medio que limita sus posibilidades de afirmación, condiciones ambientales que le permitan realizar plenamente su voluntad de poderío. *Creador* o *realizador,* no encuentra en su Comunidad de origen el lugar que, en su propia opinión, le corresponde y no vacila en ir a conquistarlo en otras tierras. Aventureros eran el Conquistador, el segun-

dón de familia noble y el filibustero que, con propósitos muy variados, iban, hace unos siglos, a América. Aventurero es, hoy en día, el intelectual —en el sentido más amplio de la palabra— que abandona su patria para encontrar en otro país un campo más favorable para sus investigaciones. A este biotipo superior de emigrante pertenece también, por lo general, el refugiado político, aunque la aventura no sea su meta sino la causa de su persecución. Y también el no conformista en materia religiosa. El marginado representa la antítesis casi perfecta del tipo anterior. Es un *asimilador* o, a veces, un *bruto*, generalmente brevilíneo, que emigra por incapacidad relativa, por una inferioridad extrema que le impide conservar su posición y hasta, en los casos límite, sobrevivir en su suelo natal. Cuando una catástrofe de orden natural, como por ejemplo la enfermedad de la papa en Irlanda, o un crecimiento demográfico más rápido que el desarrollo técnico crea un exceso de población en determinado territorio, los que no tienen más remedio que irse son aquellos que no están en condiciones de defenderse eficazmente contra la competencia vital de los más aptos: los peores campesinos, los peores obreros, los peores comerciantes; y también peones desprovistos de la menor capacitación que, en épocas normales, ya se encontraban sumergidos. La doble tamización migratoria lleva, pues, a las áreas de poblamiento a individuos superiores y a individuos muy inferiores, casi sin término medio. Cuando se trata de colonias o de provincias alejadas de la metrópoli, los primeros son reforzados por funcionarios enviados por el po-

der central y los segundos, a menudo, por delincuentes objeto de medidas de deportación. Entre la *élite* y la masa de emigrados, no hay, por supuesto, relación constante. Pero es obvio que siempre la primera capa es numéricamente ínfima con respecto a la segunda.

59. LA INMIGRACION: EL PROCESO DE ASIMILACION

Al llegar a su tierra de destino, el emigrante —ya inmigrante— se encuentra de repente en un mundo nuevo al que tiene que incorporarse y, por lo tanto, adaptarse. Salvo que sea absorbido por una minoría étnica o nacional de su mismo origen, debe modificar su comportamiento y, en cierta medida, su modo de pensar para poder convivir armoniosamente con la población y ocupar en la Comunidad un lugar satisfactorio. Empieza, pues, para él un proceso de asimilación más o menos largo y más o menos exitoso. El ritmo y los efectos de este proceso dependen fundamentalmente del grado de afinidad existente entre el inmigrante y el medio humano en el cual tiene que encontrar ubicación. La raza constituye, a este respecto, una barrera casi insalvable, tratándose de conjuntos étnicos esencialmente diferenciados, pues se establece espontáneamente —caso de Inglaterra, después de la segunda guerra mundial, con la inmigración antillana— un régimen de segregación que sólo puede ser superado mediante un largo proceso de mestización. La civilización y la cultura —y especialmente el idioma— intervienen en segundo lugar para los grupos familiares previamente

constituidos. En Boston, los ingleses se asimilan mucho más fácilmente que los italianos, mientras que sucede exactamente lo contrario en Buenos Aires. Y los alemanes de los Estados Unidos se funden más rápidamente en la población que los del Brasil. Pero la religión priva sobre los demás factores superestructurales en cuanto a los inmigrantes solteros y, en todos los casos, para la segunda generación, pues de ella depende en gran parte el matrimonio. Contra la asimilación actúa, de ser el caso, el orgullo nacional de los inmigrados, como se lo nota entre los japoneses del Brasil, especialmente cuando lo favorece la concentración en colectividades importantes. La propaganda del país de origen puede incidir en el proceso, como se vio en los conjuntos de inmigrados italianos y alemanes antes de la segunda guerra mundial, pero no lo condiciona. Los "francoamericanos" de Nueva Inglaterra, descendientes de inmigrados canadienses del siglo pasado, conservan todavía su idioma y siguen diciéndose franceses a pesar de su ciudadanía norteamericana y de dos siglos de separación con la madre patria. Resisten la fusión incluso con los irlandeses, católicos como ellos. Intervienen por fin condiciones personales del inmigrante. Los varones se adaptan más fácilmente que las mujeres, los niños que los adultos, los extravertidos que los introvertidos, los *asimiladores* que los *realizadores* y los *brutos,* siendo muy variable la capacidad de asimilación de los *creadores*. También interviene, en lo que concierne a la Comunidad receptora, la facilidad de aceptación de los recién llegados, tanto desde el punto de vista estructural como

en lo que hace a las disposiciones psicosociales. Pero, de modo general, los países de inmigración son abiertos y acogedores. Lo son mucho más, sin embargo, para los inferiores —utilizables— que para los superiores cuya misma capacidad teme la capa dirigente. Los "dueños de casa" prefieren, lógicamente, recibir a sirvientes que a competidores capaces de desplazarlos.

60. LA INMIGRACION: SUS CONSECUENCIAS

La inmigración acarrea, pues, graves peligros para la homogeneidad demológica del país receptor. Conjuntos raciales esencialmente diferenciados pueden enquistarse en la población, como sucede con los negros en los Estados Unidos y los judíos en todas partes, sin otra salida que una eventual mestización que rebajaría el nivel del sustrato étnico de la Comunidad. Notemos, sin embargo, que la transformación sustancial de un país receptor por incorporación de una ola inmigratoria no siempre resulta negativa. La población, casi totalmente europea, de la Argentina de hoy no tiene felizmente mucho que ver con lo que era —casi totalmente mestiza— hace cien años, antes de la llegada masiva de italianos y españoles. Fuera de los eventuales peligros de heterogeneización y de las posibilidades de cambios demológicos fundamentales, la inmigración tiene casi siempre dos consecuencias tan contraproducentes como inevitables. La primera es el rebajamiento cualitativo. En efecto, la relación numérica entre individuos superiores e inferiores está muy por debajo,

en toda ola migratoria, de lo que era no sólo en el o los países de origen sino también en el país de destino, cuyos cuadros se habían formado anteriormente por un doble proceso de inmigración y selección. En un primer momento, el aporte humano inferior parece aumentar el poderío de la Comunidad en provecho de sus integrantes anteriores y, en especial, de la capa dirigente. Pero, al asimilarse, los elementos inferiores se van mezclando con la población primitiva. Dejan de constituir un estrato subordinado, por debajo del cuerpo social propiamente dicho, al modo de los esclavos de Roma, y, como los libertos, se funden en el conjunto, cuando no lo absorben. El nivel cualitativo de la población baja y sólo se podrá elevar mediante un largo proceso de formación y selección. La otra consecuencia negativa —esta vez sin excepción— es la atomización amórfica de las estructuras sociales. El inmigrante carece de vinculaciones de cualquier orden con la población en la cual se incorpora físicamente. Por. lo general, viene con mujer e hijos o se casa con una compatriota. Se aisla entonces en su grupo familiar, sin otros contactos con sus vecinos que los que imponen sus actividades profesionales. Aun cuando forme parte de un núcleo nacional concentrado en un mismo lugar, se encuentra entre desconocidos y sus relaciones con ellos están muy lejos de sustituir las que dejó en su aldea natal, donde todos eran más o menos parientes, o hasta en el barrio de su ciudad de origen. La Comunidad tiende así hacia un mosaico de familias casi aisladas. La atomización social se manifiesta más aún en el campo

de las relaciones superestructurales. El inmigrante ignora la historia del país o, por lo menos, no la siente como herencia propia. Tiende a criticar costumbres que no comparte y permanece ajeno a una cultura tradicional que no alcanza a absorber. Peor aún: el tiempo va embelleciendo sus recuerdos de la patria perdida y, a menudo, la nostalgia se apodera de él. No le importa en absoluto la vida presente ni menos el porvenir de la Comunidad de que forma parte al modo de un cuerpo extraño. Y sus hijos, tironeados entre el hogar y la escuela, u optan por el primero y siguen sintiéndose emigrados, o se dejan agarrar por la enseñanza recibida en la segunda y, despreciando a sus padres 'gringos", rompen o por lo menos aflojan sus vínculos con el único grupo capaz de darles una base estructural. De ahí el indiferentismo y el "ventajismo" que caracterizan a tantos descendientes de inmigrantes, extranjeros en su propio país.

61. LAS MIGRACIONES INTERNAS: LA INESTABILIDAD GEOSOCIAL

Los movimientos de población entre Comunidades no son los únicos que la observación y el análisis histórico nos permiten comprobar. Hasta revisten carácter de excepción, por importantes que sean, si los comparamos con los desplazamientos que se producen dentro del territorio de cada pueblo. Salvo en caso de persecución, resulta obviamente más fácil, para quien tiene necesidad —o meramente gana— de abandonar su suelo natal, reubicarse en el

país que es el suyo y conservar así las ventajas de su adaptación hereditaria y adquirida a condiciones culturales de vida que sólo cambiarán en una mínima parte. Esto sin hablar de la mayor facilidad material de un traslado a reducida distancia. Independientemente de su motivación inmediata que analizaremos en el inciso siguiente, las migraciones internas dependen fundamentalmente, por un lado, de caracteres hereditarios —étnicos o adquiridos— del conjunto humano dentro del cual se producen y, por otro, de la mayor o menor rigidez estructural de éste. Así como hay pueblos migratorios que, colectiva o individualmente, tienden a desplazarse de país a país, los hay inestables dentro de sus propias fronteras, sea por nomadismo biopsíquico, sea por falta de apego a los grupos y comunidades geosociales de que forman parte. Inútil es agregar que lo que acabamos de decir en cuanto a los pueblos vale, dentro de cada uno de ellos, para los distintos estratos biotipológicos. No es por casualidad que, entre los pueblos sedentarios del Occidente, el más inestable desde el punto de vista geosocial sea el norteamericano. En los Estados Unidos, el desplazamiento casi constituye una norma de aplicación general. La gente cambia de casa, de ciudad y de estado con la mayor facilidad y con una frecuencia asombrosa. Nada más lógico, sin embargo. Se trata, en efecto, de una población compuesta, en su mayor parte, por hijos, nietos y bisnietos de inmigrantes que tienen el nomadismo en la sangre. El predominio de la raza nórdica, más movediza que la alpina, constituye otro factor hereditario de la misma tendencia. Con no

menos incidencia en la inestabilidad geosocial actúan la indiferenciación de las formas sociales y el amorfismo estructural. Un pueblo con larga historia y alta cultura siempre se caracteriza por la gran variedad de sus grupos y comunidades intermedias, por un lado, y de sus costumbres, por otro. El individuo no es una mera unidad de un conjunto indiferenciado y no le resulta igual ubicarse en tal o cual lugar, pues cualquier lugar otro que el suyo propio exigiría un esfuerzo de adaptación, vale decir un esfuerzo no necesariamente exitoso. Si, por el contrario, la uniformidad impera, el desplazamiento geográfico no acarreará un mayor cambio de condiciones de vida. El provenzal que se radica en Bretaña se encuentra en un mundo nuevo. Pero el yanqui que pasa de Nueva York a Chicago y aun a San Francisco apenas si experimenta los efectos de su mudanza, como si se hubiera limitado a cambiar de casa. Si, además, no tiene más vínculos sociales estables —y hasta cierto punto— que los que lo unen con los otros miembros de su familia reducida al núcleo conyugal, no deja nada atrás y su lugar de residencia le resulta indiferente. Por eso el bracero emigra más fácilmente que el campesino terrateniente, el asalariado que el empresario, el intelectual que el burócrata, el fracasado que el que ocupa una posición destacada en su medio local. No es por casualidad que observamos en la historia que las migraciones internas siempre son inversamente proporcionales a la solidez de las estructuras sociales. No las hubo en la Edad Media, salvo catástrofes,

cuando cada uno desempeñaba hereditariamente su función, con prohibición consuetudinaria y hasta legal de abandonarla.

62. LAS MIGRACIONES INTERNAS: CAUSAS Y CONSECUENCIAS

Fuera de los factores constantes que acabamos de analizar, las migraciones internas responden por supuesto, en cada caso, a causas inmediatas. Estas son, por lo general, las mismas que mencionamos más arriba para las migraciones de país a país, con excepción de las políticas: búsqueda de nuevas fuentes de recursos y presión demográfica. Accidentalmente pueden aparecer, sin embargo, motivos de otra índole, totalmente imprevisibles. Tales, por ejemplo, las leyes de partición forzosa de la herencia que, al fomentar el minifundio, han contribuido poderosamente a desploblar el campo europeo, la mecanización del agro que va reduciendo la necesidad de mano de obra rural y, en los Estados Unidos, la aplicación a las fábricas del "acondicionamiento de aire" que permitió la industrialización de los estados sureños. Merecen una mención aparte, por su volumen y sus características, las migraciones rurales hacia las ciudades que constituyen un fenómeno que dura desde hace doscientos años. Su causa inmediata es la industrialización de tipo capitalista que provoca una cada vez mayor demanda de mano de obra por parte de fábricas instaladas en centros urbanos. Atraído por las luces de la ciudad, el campesino abandona su modo de vida tradicional, rompe

con su ambiente social —incluso familiar— y viene a instalarse en un suburbio triste e insalubre. Las provincias rurales se despueblan o, por lo menos, no crecen, desde el punto de vista demográfico, con el ritmo del país. Las grandes ciudades, donde las industrias se instalan preferentemente para estar cerca de un gran mercado consumidor y disponer de medios de transporte adecuados, se inflan monstruosamente. De esta doble consecuencia procede otro tipo de migración: la que drena, de las zonas rurales y las pequeñas ciudades hacia los grandes centros industriales, a jóvenes de clases medias en busca de condiciones de vida más favorables. El aumento de la actividad fabril y la cada vez mayor concentración demográfica provocan, en efecto, una constante oferta de cargos administrativos y técnicos y una creciente demanda de servicios de toda índole, en gran parte satisfechas por la inmigración interior. Tales como los conocemos desde hace dos siglos, estos deplazamientos de población tienen una doble consecuencia catastrófica: el empobrecimiento cualitativo de las zonas rurales y el mayor desequilibrio de las grandes ciudades. Por un lado, los jóvenes más preparados y de mejor dotación hereditaria de cada generación se alejan de su terruño, dejando potencialmente sin cuadros a la población local. Por otro lado, y salvo excepciones individuales, no se ubican útilmente en los centros receptores y pasan a engrosar, frustrándose, clases medias abultadas y en gran parte parasitarias. En los países industrializados se nota, sin embargo, desde antes de la segunda guerra mundial, una tendencia descentralizadora que, si

bien no descongestiona los grandes centros poblados, con todo tiende a frenar su crecimiento. Ciudades pequeñas se industrializan a la vez que grandes establecimientos fabriles se desplazan hacia el campo. Este fenómeno permite prever una vuelta al equilibrio geoeconómico y, por lo tanto, a una repartición más satisfactoria de la población. Lo único que parece ser irreversible es la disminución de la mano de obra agrícola, desplazada por la máquina.

63. LA PLANIFICACION MIGRATORIA

Frente a la considerable incidencia de un proceso capaz de modificar cuantitativa y cualitativamente la sustancia humana de una Comunidad y hasta, en el caso de un país de inmigración, de transformar su sustrato racial, como acontece en la Argentina con la entrada masiva de indios y mestizos procedentes de países limítrofes, es lógico que los Estados hayan tratado de planificar los desplazamientos de población. Naturalmente, los intereses de unos y otros se contradicen: un país de emigración tratará de retener a sus elementos superiores mientras que un país de inmigración seleccionará a los individuos que admita. En el primer caso, sin embargo, las medidas de corte policial son generalmente ineficaces y sólo condiciones satisfactorias de vida y de trabajo lograrán el resultado buscado. Por el contrario, la inmigración puede ser controlada mediante la debida tamización, por vía administrativa, de los postulantes. La posibilidad de mejorar la dotación hereditaria de una Comunidad por aportación de ele-

mentos superiores existe por lo menos en los países hacia los cuales se dirige espontáneamente una corriente migratoria. La tentación de la cantidad y, en especial, de la mano de obra barata y, por lo tanto, de calidad inferior incide desgraciadamente, a menudo, de modo negativo. Pero, aun fuera de ella, los factores de selección a considerar —raza, biotipo, cultura, idioma, religión, formación profesional, salud y capacidad de asimilación— son tantos y se presentan a veces en forma tan contradictoria que la tarea no resulta nada fácil. Es indudable, sin embargo, que hay entre los mencionados factores un orden necesario y que la raza figura en primer lugar. Se podrá curar a un enfermo, instruir a un analfabeto, enseñar el idioma a un alófono y hasta convertir a un adepto de una religión extraña; se podrá, más lentamente, seleccionar una *élite* a partir de una población cualitativamente inferior; pero no se podrá transformar a un negro en blanco, ni viceversa. El siciliano se asimila perfecta y rápidamente en la Argentina; pero introduce en la dotación hereditaria del país genes de origen semita y, por eso mismo, negro, con todas las consecuencias que llevan con ellos. Desde el punto de vista esencial de la selección étnica, dos escuelas se enfrentan. La primera afirma el principio de la afinidad de sangre. Un conjunto racial, existente o en formación, no debe incorporarse sino elementos semejantes y hasta idénticos a los que ya tiene. En esta base se fundaba la ley de inmigración norteamericana, vigente hasta 1966, que restringía considerablemente el ingreso de blancos no nórdicos y prohibía la de

individuos de color. Notemos sin embargo que, en lo que atañía a los blancos, intervenía la nacionalidad y no la raza: de ahí la consecuencia paradójica de una inmigración judía considerable al amparo de normas legislativas destinadas a favorecer la llegada de inmigrantes británicos y germanos. La otra escuela es la de la compensación racial. A menudo este principio da lugar, por parte de profanos, a cálculos que proceden de una química fantasista. Pero, en su expresión científica, afirma el hecho real de que un conjunto racial puede ser mejorado mediante una aportación heterogénea superior. Por un lado, pues, mayor preocupación por la homogeneidad racial y, por lo tanto, por la asimilación. Por otro lado, inquietud predominante por el valor intrínseco de la aportación esperada. Notemos, sin embargo, que la teoría de la afinidad no impide a los países poliétnicos, como los Estados Unidos y hasta el Brasil, limitar su aplicación a la raza superior y que la tesis de la compensación no menosprecia el peligro de la incorporación de elementos heterogéneos demasiado numerosos. Las dos teorías se completan, por lo tanto, con predominio, según los casos, de la afinidad o de la compensación.

64. LAS MIGRACIONES TEMPORARIAS

Al margen de las migraciones que, observadas en nuestra escala histórica, podemos llamar definitivas, siempre se han producido desplazamientos individuales o grupales de carácter temporario: los "viajes" del lenguaje corriente. El fenómeno ha tomado, des-

de la aplicación de la máquina de vapor a los medios de transporte, una importancia cuantitativa que ha ido aumentando considerablemente después de la segunda guerra mundial. Su incidencia demológica es tal hoy en día que no podemos dejar de analizarlo aquí. Las migraciones temporarias son de tres tipos, definidos en función de sus causas. Unas son consecuencia de la guerra contemporánea hecha con ejércitos de conscriptos. En las grandes contiendas bélicas de nuestro siglo, millones de prisioneros de guerra fueron utilizados, durante años, como mano de obra agrícola y fabril y gozaron, en tierras enemigas, de un régimen de semi libertad y hasta de mera residencia forzosa. Es inevitable que hombres jóvenes mezclados con una población predominantemente femenina —por el llamado a las filas de los varones de edad militar— dejen rastros apreciables en la dotación hereditaria del conjunto social receptor. Idéntico efecto tiene la ocupación del país vencido, la que, en nuestra época, suele durar decenios. La presencia en Renania, después de la primera guerra mundial, de tropas francesas de color hizo visibles las consecuencias demológicas del fenómeno por la gran cantidad de mulatos que nacieron en la zona. Pero no es éste sino un aspecto, es cierto que el más grave, de una situación de carácter general que se ha reproducido, para casi toda Europa, después de 1945. Las migraciones temporarias del segundo tipo se deben a razones de trabajo y tienen consecuencias similares a las anteriores. Los trabajadores bolivianos y chilenos que van cada año a la Argentina, por unas semanas, para la zafra y la es-

quila, los argelinos que van a Francia, por unos años, como peones de fábrica y los portugueses, españoles, italianos, griegos y turcos que van a Alemania, Suiza, Suecia, etc. a cumplir un contrato de trabajo de duración limitada conviven con la población y sus relaciones sexuales con mujeres del lugar son inevitables, aun sin hablar de los que, legalmente o no, consiguen convertirse en residentes definitivos. Elementos extraños se introducen así en la dotación hereditaria de los pueblos receptores cuya raza va cambiando con mayor o menor lentitud pero de modo ineludible. Quedan por fin las migraciones temporarias, de características muy diferentes, que se deben al turismo. Hasta mediados de nuestro siglo, tales movimientos de población eran numéricamente muy reducidos y sólo afectaban a unas pocas ciudades y regiones europeas —París, Roma, Suiza, la Costa Azul, la Riviera italiana— hacia las cuales se desplazaban exclusivamente familias de alto nivel social. Hoy en día, por el contrario, son millones los viajeros que, cada año, "invaden" por unas semanas los países receptores. El turismo "de calidad" no tenía consecuencias sociales para las regiones de estada, pero sí para las naciones de origen a las cuales traía elementos culturales —psíquicos y materiales— que contribuían a su formación: proceso éste que perdura todavía, con menor incidencia, en cuanto a América. El turismo "de masa", por el contrario, no tiene influencia apreciable sobre los que lo practican, pero sí sobre la población de los países receptores. No tanto desde el punto de vista biosocial, aunque no se puede descartar ciertos inter-

cambios en este campo, como en lo que atañe a modificaciones psicosociales. Es el turismo el que convirtió a los suizos de guerreros en hoteleros, dándoles una mentalidad de lacayo. En mayor o menor medida según su capacidad de resistencia, los países que, más recientemente, han empezado a beneficiarse económicamente con la "industria" del turismo sufrirán una transformación parecida.

INDICE

INTRODUCCION

Pág.

1. Olvido y exageración del factor étnico 9
2. La biopolítica 10

I

LA RAZA

3. El hombre: herencia más historia 13
4. El hecho de la raza 14
5. El concepto zoológico de raza 16
6. El error de la "raza pura" 17
7. La herencia 19
8. La combinación de los genes 21
9. El doble efecto de la mestización 22
10. La mutación 23
11. La herencia de los caracteres adquiridos 25
12. La memoria hereditaria 27
13. La acción del medio 28
14. El doble efecto del medio 30
15. Límites de la acción del medio 31
16. Creación de la raza 34

II

LA ETNOPOLITICA

17. La clasificación de las razas 37
18. El crisol 40

Pág.

19. La desigualdad de las razas 41
20. Raza y Comunidad 44
21. Las comunidades poliétnicas 45
22. La especialización racial en una sociedad orgánica . 47
23. La esclavitud 49
24. La segregación 50
25. Dialéctica de las razas en una Comunidad poliétnica 52
26. Dialéctica de las razas en el mundo 54

III

LA GENOPOLITICA

27. Biopsicología y orden social 55
28. La especialización social biopsíquica 56
29. La familia 58
30. El linaje 59
31. El estrato social 60
32. El origen de la estratificación social 62
33. Diferenciación hereditaria y especialización funcional 64
34. Variabilidad hereditaria por la función 65
35. Importancia de la diferenciación funcional 67
36. La selección natural 69
37. La diferenciación económica 70
38. La selección al revés 71
39. Aristocracia y "élites" 72
40. El desequilibrio biopsíquico de la Comunidad 73
41. La desaparición del orden social biopsíquico 74

IV

EL VOLUMEN DE POBLACION

42. El factor demográfico 77
43. La densidad de población 79
44. El equilibrio demográfico natural: sus factores biológicos 81

Pág.

45. El equilibrio demográfico natural: sus factores sociales 83
46. La composición demográfica 85
47. Población activa y población pasiva 87
48. El ritmo demográfico 89
49. La presión demográfica 92
50. El espacio vital 93
51. La regulación demográfica 95
52. La concentración demográfica 98

V

LAS MIGRACIONES

53. Definiciones 101
54. Migraciones globales y migraciones parciales 103
55. Migraciones voluntarias y migraciones forzosas 105
56. La emigración: sus causas 107
57. La emigración: sus consecuencias 109
58. Biotipología del emigrante 111
59. La inmigración: el proceso de asimilación 114
60. La inmigración: sus consecuencias 116
61. Las migraciones internas: la inestabilidad geosocial. 118
62. Las migraciones internas: causas y consecuencias . 121
63. La planificación migratoria 123
64. Las migraciones temporarias 125